

Una breve mirada panorámica sobre las causas y el desarrollo de la Gran Guerra (1914-1918)

A brief panoramic view on the causes and development of the Great War (1914-1918)

por Mariano Millán*

Resumen

En este artículo realizamos una mirada panorámica de la Primera Guerra Mundial. Analizamos sus causas, los objetivos políticos de los contendientes, su preparación bélica, el aprendizaje de las distintas fuerzas a medida que se desarrollaba la guerra, las dinámicas de cada frente y los modos en que se produjo y entró en crisis el apoyo popular al esfuerzo bélico. En este sentido transitamos la diferencia entre la guerra esperada y la conflagración real, una guerra total; dimensión central para comprender el colapso de varios imperios y el ascenso del socialismo con la revolución soviética. Finalmente reflexionamos sobre las causas y consecuencias de la victoria de la Entente, que concluyó La Gran Guerra y abrió el escenario para numerosas confrontaciones.

Palabras Clave: Gran Guerra - Guerra total - Imperialismo - Revolución

Abstract

In this paper we present a panoramic view of the First World War. We analyze its causes, the political objectives of the contestants, their military

* UBA – Conicet / UNLP

preparation, the learning of the different forces as the war progressed, the dynamics of each front and the modes of occurrence that the popular support for the war effort arose and went into crisis. In this sense, we travel the difference between the war that was expected and its actual conflagration, a total war; central dimension to understanding the collapse of several empires and the rise of socialism in the Soviet revolution. Finally we reflect on the causes and consequences of the victory of the Entente, which ended the Great War and opened the stage for numerous confrontations.

Key words: Great War – Total war – Imperialism – Revolution

"... Para Prusia-Alemania, en la actualidad no es posible ya ninguna otra guerra que la guerra mundial. Y ésta será una guerra mundial de escala y ferocidad sin precedente. De ocho a diez millones de soldados se aniquilarán mutuamente y, al hacerlo, devastarán toda Europa, hasta tal punto como nunca lo han hecho las nubes de langosta. La devastación causada por la Guerra de los Treinta Años, comprimida en un plazo de tres o cuatro años y extendida a todo el continente; el hambre, las epidemias, el embrutecimiento general, tanto de las tropas como de las masas populares, provocado por la extrema miseria, el desorden irremediable de nuestro mecanismo artificial en el comercio, en la industria y en el crédito; todo esto terminará con la bancarrota general; el derrumbamiento de los viejos Estados y de su sabiduría estatal rutinaria, derrumbamiento tan grande que las coronas se verán tiradas por decenas en las calles y no habrá nadie que quiera recogerlas; es absolutamente imposible prever cómo terminará todo esto y quién será el vencedor en esta contienda; pero un solo resultado es absolutamente indudable: el agotamiento general y la creación de las condiciones para la victoria definitiva de la clase obrera.

Tal es la perspectiva, si el sistema de la mutua competencia en los armamentos, llevado a su extremo, da, al fin, sus inevitables frutos. He aquí, señores reyes y estadistas, adónde ha llevado a la vieja Europa vuestra sabiduría. Y si no les queda otro remedio que empezar la última gran danza guerrera, no vamos a afligirnos mucho (uns kann es recht sein). Puede ser que la guerra tal vez nos relegue temporalmente a un segundo plano, puede ser que nos quite algunas de las posiciones ya conquistadas. Pero cuando hayan desatado las fuerzas que más tarde no seréis ya capaces de dominar, cualquiera que sea el curso de los acontecimientos, al final de la tragedia os convertiréis en ruinas y el triunfo del proletariado, o habrá sido conquistado ya, o será, a pesar de todo (doch), inevitable." Engels, Friedrich (1887) prólogo al folleto de Segismundo Borkheim: En memoria de los ultrapatriotas alemanes, 1806-1807 (Zur Erinnerung fiir die deutschen Mordspatrioten. 1806-1807)

«Somos, ante todo, ciudadanos británicos del imperio de la Gran Bretaña. Estamos luchando como están luchando ahora los británicos en la causa justa por el bien y la gloria de la dignidad humana y la civilización... nuestro deber está claro: hacer cuanto podamos por apoyar a los británicos, luchar con nuestras vidas y nuestros bienes».



Mahatma Gandhi, citado por Bourbank, J. y Cooper, F. (2011) *Imperios. Una visión alternativa de la historia*. Barcelona: Crítica. Pág. 432.

“En 1914 eran muchos los políticos que se sentían orgullosos de llamarse imperialistas...” Hobsbawm, E. (2002) *La era del Imperio, 1875 – 1914*. Barcelona: Crítica. Pág. 69.

I. Un objeto problemático

El centenario del comienzo de La Gran Guerra, conocida por nosotros como la Primera Guerra Mundial, desató la publicación de numerosos textos de distintos estilos (académicos, de divulgación, de enseñanza, bélicos, etc.), la organización de varios eventos, jornadas, simposios, etc. y también la edición y/o reedición de gran cantidad de documentales y películas. Este ha sido, sin lugar a dudas, un año en el que nos representamos La Gran Guerra, y ciertamente resulta saludable, porque estos materiales nos colocan frente a nosotros mismos y a nuestra percepción de los procesos histórico-sociales del siglo pasado. Esta ruda confrontación puede servir al menos para poner en cuestión algunas ideas comunes que suponen ciertos equívocos, aun cuando varios de ellos contienen determinado núcleo de verdad. En este escrito abordaremos tres de ellos: la culpabilidad alemana; la relación entre imperialismo y Primera Guerra Mundial y, también, la no necesidad de esta conflagración, cuyas causas radican en cierta conducta irracional de parte de la dirigencia política europea. Luego nos adentraremos en el desarrollo mismo del conflicto.



De la culpabilidad alemana

La primera de estas ideas corrientes es la “culpabilidad alemana”. En primer y fundamental lugar, es necesario rechazar de plano cualquier idea de “culpabilidad” cuando se analiza un proceso social, puesto que la sociología no se ocupa ni de emitir sentencias judiciales, ni tampoco de decirnos como debería ser o haber sido el mundo. El escrutinio racional de las causas de las guerras, siempre múltiples y complejas, no puede ceder ante la tentación moral, sino que debe trabajar sobre los intereses contrapuestos y las condiciones en las cuales esas contradicciones se pusieron en acto de modo armado.

En el caso de la “culpabilidad alemana”, al igual que en el de la “culpabilidad francesa” cuando se habla de las guerras napoleónicas, la comprensión de los motivos de la fuerza de estas ideas entre nosotros exige que podamos sopesar la importancia del discurso del vencedor. Luego, naturalmente, el estrecho vínculo de la cultura argentina con la intelectualidad anglo-francesa y la distancia, al menos entre los civiles, con los análisis producidos hacia el oriente del Rin. Alcanza para ello cerciorarse de que la mayoría de los textos de historia de la Primera Guerra Mundial que disponemos en castellano fueron trazados en ambas márgenes del Canal de la Mancha. Dentro de esas obras es lícito distinguir, naturalmente, entre los escritos apologéticos y aquellos académicos, pero aún en el segundo grupo encontramos una matriz explicativa común: las causas estructurales y coyunturales recaen en el ascenso del Imperio Alemán. Por ejemplo, respecto del primer tipo de causas Michael Howard explica que:

“Con unos pocos cambios marginales, las «grandes potencias» de Europa (como entonces se las llamaba) seguían siendo las mismas que las que ejercían su poder desde hacía dos siglos, pero el equilibrio entre ellas había cambiado radicalmente. Ahora la más poderosa de todas era el Imperio alemán [...] Hasta finales del siglo



XVIII, estas potencias habían sido socialmente homogéneas. Eran todas ellas sociedades básicamente agrarias dominadas por una aristocracia rural de terratenientes y gobernadas por dinastías históricas legitimadas por una Iglesia oficial. Cien años después todo esto había quedado completamente transformado o bien estaba en vías de una rápida y desestabilizadora transformación, pero el ritmo en que se produjo el cambio fue harto desigual, como tendremos ocasión de comprobar.”¹

Esta tesis que podríamos denominar como “el desequilibrio del balance de poder” se complementa con una sentencia sobre las características propias de la sociedad alemana: “Por último tenemos a la Alemania imperial, la potencia más compleja y problemática de todas.”²

A nivel coyuntural, también es usual considerar, en base al Plan Schlieffen, que Alemania comenzó las hostilidades en 1914 para evitar enfrentar a una Rusia rearmada:

“Rusia aprobó en 1914 un «Gran Programa» para ampliar su ejército en un 40 por ciento en tres años. En enero de 1914, a cambio de un préstamo destinado a financiar la construcción de un ferrocarril comercial, los rusos acordaron con los franceses un programa de construcción de un ferrocarril estratégico en Polonia y desde la frontera occidental de Rusia hacia el interior del país, que en 1917-1918 aceleraría en casi un 50 por ciento el despliegue de sus fuerzas militares. Mientras que antes de 1911 la carrera armamentista más dinámica y peligrosa de Europa había sido la rivalidad naval existente entre Gran Bretaña y Alemania, entre 1912 y 1914 la superaría una carrera armamentista de las fuerzas terrestres del continente entre el bloque austrohúngaro y el francoruso.

En la primavera de 1914, los alemanes habían puesto en vigor ya casi toda la ley de 1913 y prácticamente no podían permitirse una nueva jugada, mientras que las medidas de respuesta de Francia y Rusia solo serían efectivas en el plazo de dos o tres

¹ Howard, M. (2008) *La primera guerra mundial*. Barcelona: Crítica. Págs. 11-12.

² Howard, M. (2008) *La primera guerra mundial. op. cit.* Pág. 17. Esta visión también está presente en Stone, N. (2011) *Breve historia de la primera guerra mundial*. Buenos Aires: Ariel.



años. Si debía producirse una guerra, en 1914-1915 era el momento de que se produjera...”³

El examen de estas tesis académicas, entre las cuales también se encuentra la de Norman Stone,⁴ puede llevarnos a su fuente política, cuya formulación típico-ideal realizara Winston Churchill: “Los acontecimientos emprendieron un rumbo determinado y nadie pudo volver a encarrilarlos. Alemania marchó con estrépito, con temeridad y con torpeza hacia el cráter y nos arrastró a todos con ella.”⁵

Naturalmente que la unión conceptual entre ambas guerras mundiales, tanto para los protagonistas como para los analistas, coloca en cierta línea de continuidad al Imperio Alemán, y su política militar, con el nazismo, lo que refuerza estas ideas que venimos trabajando. Eric Hobsbawm, por ejemplo, señala que “... las dos guerras mundiales y los dos tipos de revolución de posguerra pueden ser considerados, desde la óptica del historiador, como un solo proceso.”⁶ Si bien la tesis de la existencia de una sola guerra mundial, con un período de descanso y rearme, contiene elementos correctos en un nivel de abstracción, no es posible asimilar la realidad política interna alemana e internacional de 1914 con la de fines de los años '30. La existencia del comunismo y del fascismo, así como el antecedente de una gran guerra y por supuesto la mayor sinceridad y agresividad de los objetivos políticos que tenía el nazismo en comparación con el Imperio nos permiten clarificar la diferencia entre dos situaciones históricas. Si bien podemos observar estas como parte del mismo proceso, lo cierto es que el

³ Stevenson, D. (2014) *1914 – 1918. Historia de la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: Debate. (formato epub) págs. 278/81.

⁴ Stone, N. (2011) *Breve historia de la primera guerra mundial*. Buenos Aires: Ariel.

⁵ Murray, W. (2010) “Hacia la guerra mundial” y “Occidente en Guerra” en Parker, G. (ed.) *Historia de la guerra*. Madrid: Akal. Pp. 253 – 314. Pág. 269.

⁶ Hobsbawm, E. (2002) *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica. Pág. 61.



momento anterior, aun cuando contiene elementos del posterior, sólo puede ser considerado parte de la génesis del segundo cuando este fue realizado y algo así puede afirmarse únicamente desde un momento posterior. En este sentido, en la Alemania de 1914 estaban presentes muchos de los elementos que dieron lugar al nazismo, pero no todos. Tuvo que existir la derrota de 1918, la “paz de Versalles”, las revoluciones socialistas, el ascenso del fascismo, la crisis de la República de Weimar y el crack mundial de 1929, etc. Por estas razones decimos que es necesario localizar lo específico de 1914 y quitarle el velo ideológico que recubre el repudio, que compartimos, al nazismo. Aun los autores que realizan esta conexión, como por ejemplo Keegan, explican que también en el campo de batalla existen importantes diferencias entre las dos guerras mundiales.⁷

Del imperialismo

Por otra parte, es corriente hallar un degradé de posiciones en torno al problema de la relación entre el imperialismo y la Primera Guerra Mundial. La operación intelectual que debe hacer quien intente adentrarse en esta cuestión es trabajar inicialmente con los textos clásicos sobre el imperialismo, porque en ellos se encuentran las claves conceptuales de los análisis

⁷ “Above all, the war imposed on the civilian populations involved almost none of the deliberate disruption and atrocity that was to be a feature of the Second. Except in Serbia and, at the outset, in Belgium, communities were not forced to leave their homes, land and peaceful occupations; except in Turkish Armenia, no population was subjected to genocide; and, awful though the Ottoman government’s treatment of its Armenian subjects was, the forced marches organized to do them to death belong more properly to the history of Ottoman imperial policy than to that of the war itself. The First, unlike the Second World War, saw no systematic displacement of populations, no deliberate starvation, no expropriation, little massacre or atrocity. It was, despite the efforts by state propaganda machines to prove otherwise, and the cruelties of the battlefield apart, a curiously civilized war.” Keegan, J. (1998): *The First World War*. New York: Vintage ebooks. Pág. 21.

tas.⁸ Por un lado existe la formulación burguesa, anclada en los textos de Hobson, que señalan al fenómeno del imperialismo como una malformación del capitalismo. Frente a tales argumentos las tesis marxistas de Luxemburgo, Bujarin o Lenin, allende sus diferencias, afirman que el imperialismo constituye “la forma” que adopta el capitalismo en las condiciones históricas imperantes desde la última parte del siglo XIX. En ambas corrientes políticas el imperialismo conlleva, con distintos matices, el enfrentamiento entre las potencias por el reparto del mundo.

Los análisis de John Morrow, así como los de otros historiadores militares como Daniel Headrick, están ubicados en la tradición conceptual inaugurada por Hobson.⁹ La llamada distorsión o malformación, es vista por estos autores como una supervivencia de viejas prácticas nobles y guerreras, que lograron reposicionarse en la modernidad. En este sentido también, cuando se analizan las causas de este conflicto, perspectivas como la de Mayer hacen foco en tales variables.¹⁰ La crítica más usual a esta noción de imperialismo consiste en su incapacidad de diferenciar con claridad el carácter imperial de los Estados más poderosos del siglo pasado respecto de otros imperios de pasadas centurias.¹¹

⁸ Una excelente edición reciente contiene en un volumen el *Estudio del Imperialismo* de Hobson, *El imperialismo, fase superior del capitalismo* de Lenin y como epílogo “La acumulación por desposesión” de David Harvey. Hobson, J. y Lenin, V. (2013) *Imperialismo*. Madrid: Capitan Swing.

⁹ Morrow, J. H. (2008). *La Gran guerra*. Barcelona: Edhasa. De Daniel Headrick puede leerse: Headrick, D. (1989) *Los instrumentos del Imperio Tecnología e imperialismo europeo en el siglo XIX*. Madrid: Alianza y Headrick, D. (2011) *El poder y el Imperio. La tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*. Barcelona: Crítica.

¹⁰ Mayer, A. J. (1984) *La Persistencia del antiguo régimen: Europa hasta la Gran Guerra*. Madrid: Alianza.

¹¹ Eric Hobsbawm, criticando estas posiciones, señala que: “Negaban la conexión específica entre el imperialismo de fines del siglo XIX y del siglo XX con el capitalismo en general y con la fase concreta del capitalismo que, como hemos visto, pareció surgir a finales del siglo XIX. Negaban que el imperialismo tuviera raíces económicas importantes, que beneficiara económicamente a los países imperialistas y, asimismo, que la explotación de las zonas atrasadas resultara fundamental para el capitalismo y que hubiera teni-



Después de 1945 y hasta el presente las ciencias sociales retomaron estos problemas con interesantes formulaciones. Hannah Arendt, por ejemplo, reflexionó sobre el imperialismo finisecular y del 900 como un eslabón en el proceso de constitución del totalitarismo. Explicaba que existía una contradicción entre la dinámica económica de expansión permanente de la sociedad burguesa y los límites impuestos por el Estado-nación y su comunidad política. Esa tendencia a la ampliación ilimitada creó una necesidad política: el crecimiento continuo y sin restricciones de los dominios imperiales donde colocar y valorizar los capitales. Para tales fines se fue gestando una capa social de militares y administradores coloniales dotados de una autonomía creciente respecto de las instituciones republicanas y/o democráticas de las metrópolis. Esta era una iniciativa plenamente burguesa, por ello Arendt afirma, discutiendo los postulados leninistas, que: “El imperialismo debe ser considerado primera fase de la dominación política de la burguesía más que como última fase del capitalismo.”¹²

Frente a esta idea que contrapone nación – imperio en los procesos de constitución de ciudadanía, Eric Hobsbawm señala justamente su continuidad:

“Mucho más relevante nos parece la práctica habitual de ofrecer a los votantes gloria en lugar de reformas costosas, y ¿qué podía ser más glorioso que la conquista de territorios exóticos, de razas de piel oscura cuando además las conquistas se conseguían con tan escaso coste? De forma más general, el imperialismo estimuló a las masas, y

do efectos negativos sobre las economías coloniales. Afirmaban que el imperialismo no desembocó en rivalidades insuperables entre las potencias imperialistas y que no había tenido consecuencias decisivas sobre el origen de la primera guerra mundial. Rechazando las explicaciones económicas, se concentraban en los aspectos psicológicos, ideológicos, culturales y políticos, aunque por lo general evitando cuidadosamente el resbaladizo terreno de la política interna. [...] Pero el inconveniente [...] es que no explican la conjunción de procesos económicos y políticos, nacionales e internacionales, que tan notables les parecieron a los contemporáneos, de forma que intentaron encontrar una explicación global. Hobsbawm, E. (2002) *La era del Imperio, 1971 – 1914*. Barcelona: Crítica. Pág. 70.

¹² Arendt, H. (2010) *Los orígenes del totalitarismo*. Buenos Aires: Taurus. Pág. 281.

en especial a los elementos potencialmente descontentos, a identificarse con el estado y la nación imperial, dando así, de forma inconsciente, justificación y legitimidad al sistema social y político representado por el estado. En una era de política de masas [...] incluso los viejos sistemas exigían una nueva legitimidad. [...] En resumen, el imperialismo ayudaba a crear un buen cemento ideológico.”¹³

Pese a estas observaciones, las tesis arendtianas son retomadas por el geógrafo marxista David Harvey, quien sostiene que:

“El Estado-nación no proporcionaba por sí mismo una base coherente para el imperialismo. ¿Cómo se podía entonces encontrar sobre esa base una solución global espacio-temporal para el problema de la sobreacumulación? La respuesta consistió en movilizar el nacionalismo, el chovinismo, el patriotismo y, sobre todo, el racismo tras un proyecto imperial cuya dirección pudiera ser asumida por los capitales nacionales, en una época en que existía cierta coherencia entre la escala de funcionamiento de las empresas capitalistas y la de los Estados-nación.”¹⁴

“La contradicción subyacente entre nacionalismo burgués e imperialismo no podía resolverse mientras la creciente necesidad de hallar salidas geográficas para los capitales excedentes ejerciera todo tipo de presiones sobre el poder político de cada uno de los Estados imperialistas para que éstos expandieran el control geográfico más allá del que hasta ese momento disponían. El resultado general, como predijo con tanta exactitud Lenin, fueron cincuenta años de rivalidad y guerra interimperialistas, caracterizados en gran medida por el auge del nacionalismo.”¹⁵

En consonancia con algunos de estos planteos, pero también superándolos por la especificidad de la localización concreta del proceso de confrontación global, Giovanni Arrighi señala que las guerras mundiales fueron el conflicto desatado por la reorganización hegemónica del sistema-mundo

¹³ Hobsbawm, E. (2002) *La era del Imperio, 1914 – 1918*. op. cit. Pág. 79.

¹⁴ Harvey, D. (2003) *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal. Pág. 50.

¹⁵ Harvey, D. (2003) *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal. Pág. 51.



capitalista. Para nuestro autor, Gran Bretaña encontraba cada vez mayores dificultades para gobernar el sistema-mundo desde la década de 1870. A sus costados se erigieron los competidores por encabezar el nuevo orden internacional. De una parte Alemania, del otro lado del Atlántico los Estados Unidos. Todas estas potencias combinaban la lógica de poder capitalista con la territorialista, es decir, imperialista. En este sentido Arrighi recalca que:

“De hecho, la fusión de las lógicas de poder territorialista y capitalista había ido tan lejos entre los tres principales contendientes por la supremacía mundial (Gran Bretaña, Alemania y Estados Unidos) que resulta difícil decir quiénes eran los gobernantes capitalistas y quienes los territorialistas.

Durante esta confrontación los sucesivos gobernantes alemanes mostraron tendencias territorialistas mucho más fuertes que cualquiera de los otros contendientes. Pero estas tendencias más marcadas reflejaban su incorporación tardía a la expansión territorial. [...] el Reino Unido no había sido precisamente parco en sus adquisiciones territoriales, habiendo resultado esencial para su hegemonía mundial la construcción de su imperio en el mundo no-occidental. En cuando a los Estados Unidos, el haberse convertido en el principal polo de atracción para la fuerza de trabajo, el capital y los recursos empresariales de la economía mundo se hallaba estrechamente vinculado con la dimensión continental de su economía doméstica a lo largo del siglo XIX.”¹⁶

Para luego afirmar que:

“La creciente obsesión que mostraron los gobernantes alemanes por el *Lebensraum* (literalmente «espacio vital», es decir, territorio considerado vital para la existencia nacional) tuvo sus orígenes sistémicos en esta situación de impotencia para convertir con rapidez unos crecientes recursos industrial-militares en un incremento equivalente de su poder sobre los recursos económicos mundiales.

Como hemos dicho, esta obsesión impulsó a los gobernantes alemanes a intentar seguir, en primer lugar, la senda británica y, posteriormente, la senda estadounidense

¹⁶ Arrighi, G. (1999) *El largo siglo XX*. Madrid: Akal. Pág. 78.



de expansión territorial. Sus intentos desencadenaron, sin embargo, una repentina escalada de conflictos interestatales que en un primer momento socavó y posteriormente destrozó los fundamentos de la hegemonía británica, pero que infligió un daño todavía mayor a la riqueza, el poder y el prestigio de la propia Alemania. El Estado que se benefició especialmente de esta intensificación de la lucha por el poder interestatal fue Estados Unidos...”¹⁷

Karl Polanyi también caviló sobre este problema en su clásico *La gran transformación*. En su célebre primer capítulo titulado “La paz de los 100 años” sostiene que la aparición del *haute finance*, con fuertes intereses en todos los Estados europeos y capacidad económica para coaccionarlos, permitieron contener las rivalidades imperialistas de las distintas entidades políticas de Europa durante casi un siglo. Afirma que, tras las Guerras Napoleónicas, el Congreso de Viena había reorganizado el continente bajo una red política basada en las alianzas nobles y familiares, esquema que luego fue reemplazado por el débil y difuso Concierto de Europa, donde las cumbres y pactos tomaron el lugar de aquellas alianzas más sólidas del siglo

¹⁷ Arrighi, G. (1999) *El largo siglo XX*. Madrid: Akal. Pág. 81. Las reflexiones de Immanuel Wallerstein respecto de estas cuestiones se orientan en idéntico sentido: “La tercera analogía es el patrón de comportamiento del poder militar global. Las potencias hegemónicas fueron primordialmente potencias marítimas (ahora también marítimo/aéreas). En su largo ascenso hasta la hegemonía parecían muy renuentes a desarrollar sus ejércitos, discutiendo abiertamente las potenciales limitaciones sobre los ingresos del Estado y la mano de obra que supondría su implicación en guerras terrestres. Pero aun así todas ellas entendieron finalmente que tenían que contar con un fuerte ejército terrestre para hacer frente a un importante rival continental que parecía querer transformar la economía-mundo en un imperio-mundo.

En los tres casos la hegemonía se alcanzó tras una guerra mundial de treinta años. Por guerra mundial entiendo (algo restrictivamente) una guerra terrestre en la que intervienen (no necesariamente todo el tiempo) casi todas las potencias militares importantes de la época, provocando una gran devastación de infraestructuras y población. Cada hegemonía aparece vinculada con cada una de estas guerras. La guerra mundial alfa fue la de los Treinta Años de 1618-1648, cuando los intereses holandeses triunfaron sobre los de los Habsburgo en la economía-mundo. La versión beta fueron las guerras napoleónicas de 1792 a 1815, cuando los intereses británicos triunfaron sobre los franceses. Y la gamma fue la larga guerra euroasiática de 1914-1945, cuando los intereses estadounidenses triunfaron sobre los alemanes.” Wallerstein, I. (2004) *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal. Pág. 244.



XIX. Hacia comienzos de la nueva centuria el balance de poder continental tomó la forma de un enfrentamiento entre dos bloques, por lo cual "... se agudizaron los síntomas de la disolución de las formas de la economía mundial existentes: la rivalidad colonial y la competencia por mercados exóticos."¹⁸

Como podemos observar, la tesis de una "interferencia feudal" puede ser cuestionada desde muchos ángulos. Más allá de las posibles críticas, esta idea tan común en el pensamiento sociológico para explicar la guerra también prestó sus servicios para apuntalar la "culpabilidad alemana". En numerosos textos, se afirma que las Fuerzas Armadas alemanas estaban por fuera del control parlamentario, a merced de una pequeña casta de nobles guerreros, invocando estos hechos como indicadores del militarismo prusiano/germano. Al respecto, y contradiciendo tales tesis, Hans Speier afirmaba que:

"La elite militar estaba primordialmente interesada en conservar su alto status social y en defender su independencia política frente al "control" civil. Pero tanto su status como su poder quedaron comprometidos por la industrialización de la sociedad alemana que creó una contra-élite económicamente poderosa y masas urbanas que no querían adaptarse al sistema político preindustrial. [...] En este orden de cosas debería hacerse notar que la élite militar de la época imperial no era imperialista. Gastaban sus energías en mantener su prestigio y poder en un proceso de transformación económica que ponía en peligro su posición privilegiada. La élite militar no fue la responsable del desarrollo del proyecto de engrandecimiento nacional y de conquistas. Las organizaciones sociales, como ser la Liga Naval Alemana, la Liga Pan-Alemana y las otras varias sociedades interesadas en la adquisición y fomento de las colonias, estaban controladas y apadrinadas por la contra-élite económica y por intelectuales de clases medias."¹⁹

¹⁸ Polanyi, K. (2006) *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica. Pág. 66.

¹⁹ Speier, H. (1968) "Luddendorff: el concepto alemán de guerra total" en Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la estrategia moderna*. Buenos Aires: Círculo Militar. Pp. 7 – 37. Págs. 15/6.

En este sentido, es realmente importante destacar la contribución de William McNeill en su clásico trabajo *La búsqueda del poder...*, pues en aquellas páginas se localiza el desarrollo de una carrera naval entre las potencias de Europa occidental desde la década de 1880, la cual había dado origen a una forma de articulación social muy particular en el corazón del Imperio Británico: un aparato industrial-militar. El mismo, había tejido "...vínculos personales entre el círculo de los oficiales de Marina técnicamente responsables y los directores de las empresas privadas [...] muy estrechos."²⁰ En pocos lustros:

"Se crearon rápidamente circuitos de realimentación por los que las decisiones financieras y administrativas del Almirantazgo se entremezclaban con las decisiones financieras y administrativas tomadas en unas empresas todavía aparentemente privadas. La política pública y la privada quedaron irremediabilmente entrelazadas."²¹

El entramado industrial – militar logró producir la invención técnica a demanda de las ideas tácticas y estratégicas de los Estados Mayores. En las primeras décadas del siglo XX, por su potencialidad en cuanto a la valorización del capital y su complejidad debida a su escala y altísima composición orgánica, era ya un fenómeno internacional que desafiaba la política de alianzas europeas:

"...Vickers y Armstrong consideraron una imprudencia competir entre sí en el extranjero. En realidad, en 1906 habían concluido un acuerdo de reparto del mercado que cubría la mayor parte del globo. Para más, los acuerdos sobre patentes y derechos con Krupp dieron a ambas empresas británicas acceso a algunos de los inventos metalúrgicos de Krupp, mientras que, en compensación, este último adquiriría también los dere-

²⁰ McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C.* México: Siglo XXI. Págs. 304.

²¹ McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C. op. cit.* Pág. 325.



chos sobre algunas patentes británicas. Schneider también firmó acuerdos similares. De esta manera se creó un grupo internacional de empresas de armamento...”²²

Desde la perspectiva marxista la asociación entre la Primera Guerra Mundial y las tesis del imperialismo es una de las arquitecturas intelectuales más usuales. De hecho, la teoría marxista reconoce una notable revolución interna durante los años previos a este conflicto y en el transcurso mismo de la conflagración. En este sentido, Roberto Jacoby remarca que la guerra imperialista es, sobre todo para Lenin, un momento de descubrimiento de la estrategia revolucionaria para la toma del poder:

“Leamos los escritos de Lenin en el período 1914-1917. Si nos detenemos en aquellos que hacen referencia a la Comuna de París, advertiremos que sistemáticamente la mención de ese acontecimiento revolucionario se anexa a un tema que recorre el conjunto de los textos y organiza la reflexión central de la época: ‘La transformación de la actual guerra imperialista en guerra civil es la única consigna proletaria justa, señalada por la experiencia de la Comuna, indicada por la resolución de Basilea (1912) y derivada de todas las condiciones de guerra imperialista entre países burgueses altamente desarrollados’.

Es conocido –y la imagen es exacta pese a haberse convertido en parte de una mitología– en medio de cuánta debilidad, en qué situación de aislamiento se formuló esta propuesta: las masas arrastradas por el entusiasmo ‘patriótico’, los socialistas enlazados con ‘sus’ gobiernos, participando de ‘sus’ ministerios, votando créditos de guerra o bien sumidos en la ilusión de un fantaseado desarme general de las grandes potencias, mientras los gobiernos persiguen a las corrientes internacionalistas, infinitamente minoritarias y pobres en influencia.

Transcurren apenas unos años y la proposición se verifica puntualmente: el proletariado logra apropiarse de ‘la guerra’ –ese proceso social que, como situación y como instrumento, había sido creado, desarrollado y utilizado por las clases propietarias en sus luchas intestinas– y, por primera vez, resulta victorioso.

Había sucedido lo imposible. Ante el asombro incrédulo de los contemporáneos y a tra-

²² McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C. op. cit.* Pág. 323.



vés de una alquimia inconcebible, se produce la revolución. El modelo de la realidad, convertido en estrategia, se materializa como revolución real. El triunfo de 1917 demuestra que se ha formulado un saber teórico práctico acerca de la revolución y la guerra en el campo de las clases explotadas. El proceso revolucionario confirmaba las hipótesis de Lenin, que había llegado a definir guerra imperialista como un fenómeno inevitable, generado por el desarrollo capitalista, pronosticando que crearía inexorablemente condiciones de guerra civil en las sociedades europeas.

De acuerdo al razonamiento de Lenin, el propio desarrollo de la situación de guerra interimperialista llevaría necesariamente a que las contradicciones de clase se manifestaran de “modo militar”: la crisis económica y política desatada por el esfuerzo de guerra y acentuada por las derrotas militares, sufridas inevitablemente por uno u otro bando, debilitarían la dominación burguesa, agudizando la lucha de clases que, dada la militarización de amplias masas populares, en especial la juventud, pertrechadas por los gobiernos, asumiría de manera inmediata un carácter armado. En condiciones de guerra interimperialista, la lucha de clases tendería de convertirse en guerra civil.”²³

La experiencia de la Comuna de París, donde un proceso revolucionario se engarzaba con la guerra entre naciones, no había sido codificada adecuadamente por los fundadores del marxismo. Sin embargo, durante La Gran Guerra Lenin logra ver en esta relación la clave del problema del poder:

“Los clásicos piensan en la guerra entre naciones como una perturbación del modelo de revolución que históricamente se había perfilado. Según este enfoque la revolución proletaria se desarrolla en secuencia a una revolución burguesa contra el antiguo régimen. Pero sucede que, en el caso de la Comuna, el proceso revolucionario no se desarrolla al margen de la guerra entre naciones. Respecto del modelo clásico de la revolución, esta guerra ‘nacional’ es considerada como un elemento anómalo, al que se le otorga la jerarquía teórica de ‘accidente’, ‘accidente decisivo y favorable’ o ‘condición excepcional’. Los clásicos no incorporan la guerra nacional a la perspectiva teórica de la revolución, mientras que, en la realidad, el proceso revolucionario se había inscripto en las condiciones de ese tipo de guerra.”²⁴

²³ Jacoby, R. (2014) *El asalto al cielo*. Buenos Aires: Mansalva. Págs. 25/6.

²⁴ Jacoby, R. (2014) *El asalto al cielo*. *op. cit.* Pág. 64.



“Concebido como un elemento ajeno a la revolución, por parte de los clásicos, y vivido como un desgarramiento de lealtades, por parte de las masas, el enfrentamiento entre naciones vinculado al enfrentamiento de clases obtura el desarrollo de la teoría y de la práctica revolucionaria.”²⁵

“Hemos llegado al punto preciso de la obstrucción teórica que insume al movimiento socialista cuarenta años, hasta ser levantada por Lenin a través de su tesis respecto de la guerra imperialista: utilizar el armamento del pueblo para construir el ejército del pueblo; contribuir a la derrota del propio gobierno; fraternización con las tropas del enemigo; paz aun a costa de concesiones territoriales; en suma, transformar la guerra imperialista en guerra civil.”²⁶

Esta realidad de la situación revolucionaria, consistía, según Gabriel Kolko, en que:

“La Primera Guerra Mundial sumió gran parte de Europa en una profunda crisis, haciendo que un gran número de europeos cambiasen de mentalidad y se politizaran. Así sucedió sobre todo en Alemania, Rusia e Italia, tres países grandemente afectados por la guerra, que al principio benefició especialmente a los partidos de izquierda.”²⁷

En el mismo sentido se expresaba Jerzy Holzer:

“La Primera Guerra Mundial representó tanto para los comunistas como para quienes criticaban el comunismo un gran choque moral, político y económico. Suscribieron la tesis de que el comunismo había salido directamente de este choque. Por otra parte, señalaban que el comunismo, antes que una reacción ante la guerra, había sido su continuación. La guerra había sacudido fuertemente, y en parte destruido, la concepción moral del mundo basada en las tradiciones europeas y cristianas. La influencia de

²⁵ Jacoby, R. (2014) *El asalto al cielo. op. cit.* Pág. 65.

²⁶ Jacoby, R. (2014) *El asalto al cielo. op. cit.* Págs. 65/6.

²⁷ Kolko, G. (2005) *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914.* Barcelona: Paidós. Págs. 166/7.



la guerra se notaba en primer lugar en la aceptación por los comunistas del uso brutal de la fuerza, una fuerza con la que habían debido convivir, activa o pasivamente, millones de europeos entre 1914 y 1918 y que ahora se dirigía contra los enemigos en el propio país.”²⁸

La Gran Guerra estimuló casi como ningún proceso anterior la elaboración estratégica en los distintos grupos marxistas de Europa. Hasta ese momento, muchos de ellos “... sólo conocían la evolución del capitalismo en su forma «normal» [...] por lo que no pudieron prever esos violentos cambios y retos, consecuencias de la guerra, con los que tendrían que enfrentarse una vez terminada ésta.”²⁹ Luego, los más lúcidos encontraron el camino hacia la revolución en las ruinas de la sociedad que dejaba la guerra, tanto por la destrucción de las instituciones estatales, como por la rudeza pedagógica de la experiencia bélica en cuanto a la contraposición de intereses entre explotadores y explotados.³⁰

Estas formulaciones fueron, con excepción de las realizadas por Mao Tse Tung, los últimos aportes originales en términos de estrategia revolucionaria que conoció el marxismo.³¹ En cierto sentido, la inexistencia de guerras entre potencias imperialistas en el centro del sistema mundial con posterioridad a 1945 contribuyó a una discusión acerca de la naturaleza del imperialismo, de su existencia y también de su pertinencia categorial. Estos debates exceden absolutamente el objetivo del presente escrito, aunque advertimos que la peor posición teórico-metodológica para abor-

²⁸ Holzer, J. (2000) *El comunismo en Europa. Movimiento político y sistema de poder*. Madrid: Siglo XXI. Pág. 11.

²⁹ Kolko, G. (2005) *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*. op. cit. Pág. 135.

³⁰ Una excelente selección de textos que versan sobre este problema puede leerse en Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K. y Mehring, F. (2014) *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS – CEIP León Trotsky.

³¹ Aquí seguimos las elaboraciones de Anderson, P. (2005) *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.



darlos consiste en buscar insistentemente paralelismos entre el escenario mundial actual y el de hace un siglo. La “etapa de guerras y revoluciones” localizada por Lenin y varios marxistas contemporáneos consistía en esta combinación particular de circunstancias y no solamente en el dominio de los monopolios y el capital financiero.

De la irracionalidad bélica

En numerosos escritos sobre esta Gran Guerra aparecen dos tópicos problemáticos cuya raíz se basa, en última instancia, en la conducta irracional de la dirigencia europea de aquellos años. El primero es el de la “evitabilidad” de esta conflagración. Por ejemplo Stevenson señala que: “...aunque en el verano de 1914 la tensión internacional era máxima, el estallido de una guerra general no era algo inevitable y, de no haberse desencadenado una, puede que no hubiera habido ninguna.”³²

En el mismo sentido está estructurada la obra de MacMillan, quien reconstruye, como ya lo hizo con los acuerdos de Versalles, la trama político-diplomática en el día a día de aquellas jornadas previas a La Gran Guerra, identificando varias decisiones puntuales como verdaderas causas del conflicto.³³

³² Stevenson, D. (2014) *1914 – 1918. Historia de la Primera Guerra Mundial. op. cit.* pág. 180. Al respecto, John Keegan expresa: “THE FIRST WORLD WAR was a tragic and unnecessary conflict. Unnecessary because the train of events that led to its outbreak might have been broken at any point during the five weeks of crisis that preceded the first clash of arms, had prudence or common goodwill found a voice...” Keegan, J. (1998) *The first world war. op. cit.* Pág. 16.

³³ Macmillan, M. (2013) *1914. De la paz a la guerra.* Madrid: Turner. Sobre la Conferencia de Versalles leáse: Macmillan, M. (2005) *Paris 1919. Seis meses que cambiaron el mundo.* Barcelona: Tusquets.



Este tipo de formulaciones habitualmente subalternizan las causas profundas de esta guerra, que fueron presentadas en el apartado anterior sobre el imperialismo y que serán desarrollados más adelante, cuando hagamos foco en la carrera armamentista, tanto naval como terrestre. En este sentido, aceptamos conceder que la guerra pudo evitarse en el verano de 1914, lo cual es una discusión contra-fáctica y como tal ajena a los intereses sociológicos e historiográficos. Pero la cuestión no es esta, sino ¿podría haberse evitado esta confrontación? Parece evidente que no, por más que quienes desataron este proceso bélico no tuvieran ellos mismos una plena consciencia de las consecuencias de tamaña guerra.

El segundo tema que suele estar presente es el del carácter absurdo y brutal de esta guerra. Pariente de la concepción según la cual la Primera Guerra Mundial comenzó por malas decisiones, esta teoría suele apuntarse a partir de la idea de que, desde cierto momento de las confrontaciones, los cálculos fueron puramente técnico-militares, sin reparar en lo político. Semejante tesis desatiende lo que Hardach recalcó como uno de los legados más importantes de este conflicto para la historia social posterior: el nacimiento de la planificación económica, el pacto capital – trabajo y los servicios sociales.³⁴ Es decir, toda una serie de técnicas de gobierno en gran medida novedosas, orientadas a sostener el esfuerzo bélico y el consenso de la población para la continuidad de la guerra. En este sentido conviene también aclarar que, como ya dijera Clausewitz, los objetivos políticos son rectores en la guerra y éstos pueden modificarse en el transcurso de la misma. Como verá el lector, la acción recíproca de los contendientes los llevó a extremar los objetivos y por ello los medios. Lejos estamos entonces de un mero capricho criminal, y más cerca de una dinámica política en la que aumentan las contradicciones.

³⁴ Hardach, Gerd (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*, Barcelona: Crítica.



En tal línea argumentativa se inscribe el análisis de Enzo Traverso, quien ampliando la idea noltiana de “Guerra civil europea” explica la concatenación de numerosos conflictos de diverso origen y orientación en el viejo mundo entre 1914 y 1945.³⁵ Esta conceptualización, débil para explicar 1914, es sumamente potente para comprender el proceso que se desata en el continente con el comienzo de La Gran Guerra, tanto por los entrecruzamientos como por la intensidad de los combates. Por este tipo de razones es que ponemos en cuestión entonces las perspectivas analíticas de corto plazo, pues el escenario político europeo contenía efectivamente una serie de elementos que, con el cruce de las armas, se expresaron en toda su imponente magnitud. Examinados estos elementos, invitamos al lector a recorrer en breves páginas las principales cuestiones relativas al desarrollo de la Primera Guerra Mundial.

II. El desarrollo de La Gran Guerra

Las luces se apagan en Europa

Hacia comienzos del siglo pasado Europa llevaba casi un siglo sin una confrontación general de sus potencias, tras el final del Imperio napoleónico. La fórmula posterior a Westfalia, consistente en un balance de poderes en el viejo mundo, se mantenía casi sin alteraciones significativas. Es cierto que las potencias del continente luchaban en varias guerras en Asia y

³⁵ Traverso, E. (2009) *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires: Prometeo. Ver también Nolte, E. (2001) *La guerra civil europea 1917 – 1945*. México: Fondo de Cultura Económica. También puede leerse: Casanova, J. (2011) *Europa contra Europa 1914 – 1945*. Barcelona: Crítica.

África. Mientras que en Crimea, entre 1853 – 1856, se habían enfrentado los rusos contra los otomanos, británicos y franceses, y también que éstos últimos habían perdido una guerra con Prusia entre 1870 – 1871. Por otro lado, era real el hecho de que tanto la unificación italiana, como alemana, habían implicado choques armados de importancia en la década de 1860, viéndose este último caso un enfrentamiento entre prusianos y austríacos. Así como no puede soslayarse el hecho de que las confrontaciones bélicas en los Balcanes y en Grecia signaron la realidad política del sudeste europeo en los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra.

El *Concierto Europeo*, del que hablábamos anteriormente, suponía confrontaciones localizadas y contenía una recubierta ideológica pacifista que se basaba en dos ideas. La primera consistía en que la creciente interdependencia comercial signaba el camino para un siglo de paz entre las potencias. Como dicen McNeill y McNeill: “La rápida integración de las sociedades y las economías del mundo después de 1870 indujo a muchos a suponer que ya no habría más guerras. En 1914 el estallido de la primera guerra mundial destruyó estas esperanzas.”³⁶ La segunda, que el equilibrio del enorme poder industrial aplicado a la guerra por parte de los Estados más poderosos implicaba unos niveles de destrucción que disuadían a cualquiera de ellos de iniciar un conflicto. La carrera armamentista, en la opinión de ciertos ideólogos, garantizaba la paz. Algo similar ocurriría durante la Guerra Fría y la tensión nuclear entre los bloques. Sin embargo, ese equilibrio se rompió.

Hoy se cumplen 100 años del comienzo de la Primera Guerra Mundial (1914 – 1918), una conflagración de tan imponente magnitud que sus protagonistas y contemporáneos la bautizaron como La Gran Guerra. En realidad, esta Gran Guerra fue al mismo tiempo uno y múltiples conflictos, que

³⁶ McNeill, J. y McNeill, W. (2010) *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Barcelona: Crítica. Pág. 324.



tuvieron por efecto remodelar el mapa de Europa y, en buena medida, el planisferio. Se hundieron tres de los imperios multinacionales más poderosos del mundo (Rusia, Austria–Hungría y el Imperio Otomano), salieron maltrechos otros más importantes (Gran Bretaña y Francia), los Estados Unidos emergieron como gran potencia mundial, en casi todos los países en guerra por primera vez se implementaron profundas regulaciones estatales de la economía,³⁷ surgieron nuevos Estados nacionales, las primeras revoluciones proletarias exitosas pusieron de pie Estados socialistas y, poco tiempo después de la finalización de la contienda, cobró fuerza una forma muy particular de respuesta burguesa frente al desafío revolucionario: el fascismo. En realidad, como venimos explicando, el fin de la Gran Guerra en 1918 no fue el comienzo de una era de paz, sino la alborada de una inmensa cantidad de grandes confrontaciones sociales que desembocaron en la Segunda Guerra Mundial.

Buena parte de los historiadores, siguiendo a Eric Hobsbawm, fecharon el comienzo del “siglo corto” en las aciagas jornadas del verano de 1914, localizando su conclusión hacia fines de los ‘80 y principios de los ‘90, con la caída de los regímenes del socialismo real en Europa Oriental.³⁸ Si tenemos ganas de ser poéticos con la tragedia del siglo XX, sus primeras letras y su punto final se escribieron en los Balcanes y, si se quiere, en la ciudad de Sarajevo. El 28 de junio Gavrilo Princip, un nacionalista serbo-bosnio integrante de la organización Mano Negra, segó con un certero disparo, en un confuso episodio, la vida del próximo monarca del Imperio Austrohúngaro, el archiduque Francisco Fernando. El conflicto entre la casa de los Habsburgo, que desde Viena gobernaba un amplio territorio, y los serbios permitió iniciar una guerra para la cual todas las potencias del

³⁷ Sobre este punto puede leerse el clásico Hardach, Gerd (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*, Barcelona: Crítica.

³⁸ Véase Hobsbawm, E. (2002) *Historia del siglo XX. op. cit.*

viejo continente se venían preparando con gran dedicación, aunque con desigual pericia. Poco más de 80 años después, la caída de los serbios en la batalla de Sarajevo concluyó con la primera fase de la desintegración de Yugoslavia, uno de los últimos países socialistas europeos en dejar de existir como tales.

En 1914 el Imperio Austrohúngaro declaró la guerra a Serbia, pronto la autocracia de Rusia, “defensora del paneslavismo”, enfrentó a la monarquía vienesa. Alemania, que también era un Imperio y calculaba su expansión hacia el Este, vislumbró la posibilidad de unirse a la cruzada contra Rusia y Serbia. En tales circunstancias el Imperio otomano consideró necesario ingresar en la guerra frente al zarismo y sus ambiciones balcánicas y en el Mar Negro. Pronto los franceses, que aún recordaban la derrota de la guerra con Prusia de unas décadas atrás, encontraron en ese contexto la posibilidad de enfrentar y terminar definitivamente con la amenaza alemana y recuperar Alsacia y Lorena, para lo cual convocaron a los británicos, quienes se unieron con mucho gusto tras las repetidas reyertas que se habían sucedido con los germanos en Asia y África durante los años inmediatamente anteriores. En pocas semanas, y a propósito de un incidente en la periferia de uno de estos imperios, todas las potencias europeas estaban frente a frente en los campos de batalla. Al respecto, Stevenson señala:

“Una vez que la crisis sobrepasó los límites de los Balcanes a todos los países implicados, no les quedaron más que opciones negativas. El Viejo Mundo que las potencias iban a destruir era para todas ellas un entorno mucho más agradable que cualquiera de los que posteriormente pudiera crear la violencia. Solo los austríacos formularon sus objetivos con claridad, e incluso ellos lo hicieron solo para el ámbito de los Balcanes. Las demás potencias —incluida Alemania— se enfrentaron a la perspectiva de una guerra general inminente de forma tan repentina que no tuvieron tiempo de establecer objetivos políticos concretos, que definieron solo con posterioridad. Combatieron más bien para evitar una situación negativa (la pérdida del estatus de



gran potencia) y no vacilaron en sacrificar las vidas y la felicidad de sus ciudadanos hasta el final. En una palabra, lucharon por miedo.”³⁹

La guerra esperada... y la guerra real

La noticia del comienzo de la guerra fue recibida con cierto temor en la Europa rural y con una trabajada bienvenida cargada de patriotismo en las grandes ciudades de casi todos los países europeos. Pronto surgieron slogans nacionalistas y/o de alianza: los franceses e ingleses hablaban de una cruzada contra el “autoritarismo alemán”, haciendo caso omiso de su cooperación con la autocracia zarista. Los alemanes arengaban contra la amenaza francesa y el atraso ruso, dejando en las sombras su propia beligerancia y el carácter retrógrado del Imperio Otomano que militaba en su coalición.

También surgieron voces a favor de la guerra que resaltaban el carácter heroico de los tiempos por venir, del lugar de lo bélico en la masculinidad, por no decir también de la importancia que tendría esta aventura para las jóvenes generaciones, ya muy “blandas de espíritu” a causa de la bonanza y el confort de la Europa de la *belle époque*. Como dice Hobsbawm:

“La llegada de la guerra fue considerada como una liberación y un alivio, especialmente por los jóvenes de las clases medias – mucho más por los hombres que por las mujeres -, aunque también por los trabajadores y menos por los campesinos. Al igual que una tormenta, purificó el aire. Significó el final de las superficialidades y trivialidades de la sociedad burguesa, del aburrido gradualismo del perfeccionismo decimonónico, de la tranquilidad y el orden pacífico que era la utopía liberal para el siglo XX [...] Después de una larga espera en el auditorio, significaba la apertura del telón para un

³⁹ Stevenson, D. (2014) *1914 – 1918. Historia de la Primera Guerra Mundial. op. cit.* 476/8.



drama histórico grande y emocionante en el que los miembros de las audiencias resultaron ser los actores.”⁴⁰

En consonancia con una era de progresos científicos y técnicos sin precedentes, en las academias militares europeas florecía una doctrina que ponía un énfasis decisivo en la creciente capacidad de fuego: el ofensivismo.⁴¹ Alemanes y franceses, rusos e ingleses, todas las grandes potencias contaban con una importantísima casta militar, la cual solía considerar que, dados los avances en el poder de destrucción material, la posición defensiva no tenía nada que ofrecer a los combatientes. Las guerras del futuro, decía la burguesía europea, serían dominadas por la posición del atacante, contradiciendo así la teoría clásica asentada en los escritos de Clausewitz.

Eran tales las condiciones de la carrera militarista – armamentista en la que se habían embarcado las potencias, que el estallido de la guerra durante el verano de 1914 fue un acontecimiento largamente esperado. “Todas las grandes potencias estaban tan ansiosas que incrementaron los gastos militares en un cincuenta por ciento entre 1908 y 1913.”⁴² Los estados mayores expresaban que vendría una guerra dura, frente a rivales de gran fuste, pero que se resolvería antes de la navidad de ese mismo año.

¿Por qué razones se suponía semejante escenario bélico? Por un lado se estaban epilogando las campañas coloniales de las potencias europeas durante el último cuarto del siglo XIX y los principios del XX. Por otro, el antecedente del cataclismo político ruso de 1905, inmediatamente posterior a la guerra con el Japón, encendió la alarma en el seno de los gobier-

⁴⁰ Hobsbawm, E. (2002) *La era del Imperio, 1914 – 1914. op. cit.* Pág. 335.

⁴¹ Howard, M. (1992). “Los hombres contra el fuego: La Doctrina de la Ofensiva en 1914”, en Pater, P. (ed.) *Creadores de la estrategia moderna*. Madrid: Ministerio de Defensa.

⁴² Burbank, J. y Cooper, F. (2011) *Imperios. Una visión de la historia universal*. Barcelona: Crítica. Pág. 431.



nos del viejo mundo, que no confiaban en la posibilidad de que las sociedades, sus sistemas económicos y sus Estados fuesen capaces de resistir un esfuerzo prolongado, por no hablar de una derrota. Es por esto, que sólo puertas adentro “Los estados mayores de los ejércitos comprendían que una guerra europea sería extremadamente sangrienta y que no era probable que fuera breve, pero ocultaron sus temores a sus dirigentes políticos.”⁴³

Lo más dramático de este escenario es que, pese a esta sabia sospecha, la campaña política y la logística se adecuaban a la hipótesis de guerra que manifestaban públicamente. Pronto la realidad terminó por imponer otras necesidades y problemas. Llegado diciembre la guerra se encontraba muy lejos de estar finalizada y en amplias extensiones de occidente los ejércitos se habían enterrado en intrincados sistemas de trincheras.

Cuando se considera el desarrollo de una guerra resulta fundamental que se puedan evaluar los objetivos políticos de los contendientes, las formas de lucha y las pasiones despertadas para que el esfuerzo bélico sea apoyado. Una vez comprendidos estos elementos, se podrán distinguir los distintos frentes y sus diferentes realidades.

La Primera Guerra Mundial comenzó como una oportunidad para todos los Estados de Europa: vencer a los vecinos y apropiarse de sus territorios y sus recursos, incluidas las colonias en otros continentes. Como se puede ver, los objetivos políticos eran notoriamente altos, determinando con ello un significativo esfuerzo bélico que encaminó a las potencias a una guerra total. Las fuerzas armadas veían la ocasión de probar sus nuevas armas y técnicas frente a enemigos mucho mejor entrenados y preparados que los nativos de Asia y África, a quienes habían doblegado en las últimas cinco

⁴³ Stevenson, D. (2014) *1914 – 1918. Historia de la Primera Guerra Mundial. op. cit.* 164/5



décadas. La mayoría de los pueblos europeos vio en el conflicto una posibilidad de reafirmación nacional. En el caso alemán, Peter Fritzsche matiza la tesis del entusiasmo popular urbano, aunque señala que desde los “días de agosto” se produjo un vuelco en la política alemana que sería definitivo para comprender el largo y complejo siglo XX en aquel país:

“Durante los cuatro inviernos consecutivos que duró la guerra, los alemanes movilizarían sus energías, revitalizarían la vida pública y reordenarían sus concepciones políticas más en torno a la nación que al estado o la monarquía. La primera guerra mundial, más que ningún otro fenómeno del siglo XX, transformó el nacionalismo alemán, confiriéndole una profundidad emocional, y ligándolo a la reforma social y a los derechos políticos del pueblo.”⁴⁴

El nacionalismo, como señala Bellamy, había tomado un cariz muy distinto durante el siglo que transcurrió entre las guerras napoleónicas y La Gran Guerra:

“El nacionalismo pasó de ser una ideología de la resistencia antimonárquica a ser la ideología del Estado en toda Europa. Las guerras nacionales exigían ambiciones grandiosas. Ya no era posible librar una guerra ‘para corregir el equilibrio de poder’ o ‘reparar cuestiones de honor’. El objetivo era ahora ‘defender la democracia’, ‘erradicar la tiranía’ o proteger la nación.”⁴⁵

En términos generales, esta guerra pensada como una oportunidad para mostrar los “progresos” y la modernidad de los ejércitos de las potencias, en términos concretos se convirtió en la mayor matanza que había realizado la humanidad hasta el momento, contándose con el aterrador número

⁴⁴ Fritzsche, P. (2006) *De alemanes a nazis 1914 – 1933*. Buenos Aires: Siglo XXI. Pág. 43.

⁴⁵ Bellamy, A. (2009) *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Pág. 145.



de aproximadamente 20 millones de muertes en tan sólo cuatro años (poco más de la mitad eran soldados).

La magnitud de estos daños fue una sorpresa para la civilización burguesa, no así para los socialistas, que desde hacía décadas discutían con ahínco en torno a las guerras del presente y del futuro, como parte integrante de la lucha de clases a nivel internacional.

El movimiento socialista

El movimiento socialista, nucleado en la II Internacional, venía debatiendo desde fines del siglo XIX respecto de las formas que venía adoptando el capitalismo. Para una lectura economicista la discusión era sobre el rol de los monopolios y la concentración de capitales, para una lectura marxista las controversias giraban en torno al carácter de la lucha de clases en aquel momento. Dicho de una forma más simple ¿las mutaciones que había experimentado el capitalismo sentaban condiciones para un desarrollo pacífico y la conquista de derechos mediante reformas paulatinas o, por el contrario, el desarrollo de las contradicciones del capitalismo sólo podía desembocar, en el mediano plazo, en una conflagración mundial entre las potencias? Naturalmente, el segundo diagnóstico abría las puertas a una política totalmente diferente que el primero: por delante no había demasiado espacio para reformas, se acercaban tiempos de guerra entre las burguesías europeas y era necesario prepararse para luchar por convertir esos conflictos en revoluciones sociales. Había que aprovechar la circunstancia de que las clases dominantes armaban materialmente a los obreros y campesinos de sus países y trabajar políticamente para que esos proletarios cambiaran el fusil de hombro y, en lugar de disparar contra sus hermanos proletarios de otros países, lo hicieran contra quiénes los manda-



ban a la guerra: los políticos y los capitalistas de los Estados donde ellos eran ciudadanos.

Los partidos socialistas del continente se encontraban divididos en dos alas a raíz de esta divergencia: los reformistas y los revolucionarios. Si bien existían algunos dirigentes que navegaban en aguas intermedias en ciertas coyunturas políticas, los diferentes diagnósticos implicaban también posturas teóricas totalmente contradictorias: ¿podía cambiarse el mundo paulatinamente? ¿O era un mundo que se encaminaba a la barbarie y el socialismo sería la única esperanza para defender las conquistas de la civilización y ampliarlas luego de la catástrofe de la guerra? Rosa Luxemburgo, combatiendo las tesis pacifistas dentro del movimiento socialista, decía en 1911 que existía una tendencia creciente a la confrontación, más allá del discurso sobre la paz:

“Tuvimos en estos 15 años: en 1895 la guerra entre Japón y China, que formó el preludio del período de Asia Oriental de la política internacional; en 1898 la guerra de España y Estados Unidos; desde 1899 hasta 1902 la guerra de los Boer contra Inglaterra en Sudáfrica; en 1900 la campaña China de las grandes potencias europeas, 1904 la Guerra Ruso-Japonesa, 1904-07 la guerra de Alemania contra los hereros en África; luego en 1908, la intervención militar rusa en Persia, en el momento actual, la intervención militar de Francia en Marruecos, sin dejar de lado las escaramuzas coloniales incesantes en Asia y África. Incluso los hechos objetivos muestran que en los últimos 15 años no ha transcurrido casi ninguno sin una acción de guerra.

Pero incluso más importante aún son los efectos persistentes de cada guerra. La guerra contra China ocasionó en Japón una reorganización militar, que diez años más tarde posibilitó la guerra contra Rusia y la supremacía militar del Japón en el Océano Pacífico. La Guerra de los Boers trajo consigo una reorganización militar en Inglaterra y el fortalecimiento de sus fuerzas armadas en tierra. La guerra con España, en los Estados Unidos, se volvió el punto de partida de una reorganización de su Armada, y los Estados Unidos se han convertido en una potencia colonial, con intereses geopolíticos en Asia y fue el germen del conflicto de intereses entre Estados Unidos y Japón en el Océano Pacífico. La expedición china produjo en Alemania una reorganización militar fundamental, a saber, la gran Ley naval de 1900, año del cual data la carrera



por la dominación de los mares con Inglaterra, y la intensificación de las contradicciones entre los dos países.

Pero luego se sumó otro fenómeno de gran importancia, el despertar social y político a la vida independiente de las tierras del interior, de las colonias y de las “esferas de influencia”. La revolución en Turquía, en Persia, el fermento revolucionario en China, en la India, en Egipto, en Arabia, Marruecos, México son el origen de mayores contradicciones políticas mundiales, tensiones, acciones militares y armamentismo.”⁴⁶

Cuando llegó 1914 casi todos los socialistas europeos fueron detrás de sus respectivos gobiernos nacionales y apoyaron el esfuerzo de guerra. Sólo una minoría, dentro de la minoría que eran los revolucionarios en 1913, se mantuvo en la tesitura de que la guerra sería una carnicería, donde los trabajadores pondrían el cuerpo para defender los intereses de sus explotadores, que la contienda sólo traería barbarie y que había que luchar contra ella, por el derrotismo del propio país. Lenin y los bolcheviques rusos fueron un ejemplo, Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en Alemania también. Pero ciertamente eran débiles. Como dijese el máximo dirigente proletario ruso: “en 1914 todos los internacionalistas del mundo cabíamos en cuatro coches.”

Como explica Eric Hobsbawm, la amalgama ideológica del nacionalismo no debe percibirse por fuera de la clase obrera, y tampoco como ajena al movimiento socialista:

“Los hombres y las mujeres no escogían la identificación colectiva del mismo modo que escogían zapatos, a sabiendas de que sólo podían ponerse un par al mismo tiempo. Tenían y todavía tienen diversos apegos y lealtades simultáneos, incluyendo la nacionalidad, y se ocupan simultáneamente de varios aspectos de la vida, cualquiera de los cuales, según la ocasión, puede ocupar el lugar más destacado en su pensamiento. Durante largos períodos estos apegos diferentes no exigían cosas incompatibles.”

⁴⁶ Luxemburg, R. (2014) [1911] “Utopías pacifistas” en AAVV *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS/CEIP. Pp. 23–52. Págs. 29/30.

bles a una persona, por lo que ésta podía sentirse al mismo tiempo, sin problema alguno, hijo de irlandés, esposo de una alemana, miembro de la comunidad minera, trabajador, hincha del Barnsley Football Club, liberal, metodista primitivo, inglés patriótico, posiblemente republicano, y partidario del imperio británico. Sólo cuando una de estas lealtades chocaba directamente con otra u otras se planteaba el problema de elegir entre ellas.

Naturalmente, la minoría de militantes políticos comprometidos era mucho más sensible a tales incompatibilidades, por lo que puede decirse con confianza que agosto de 1914 fue una experiencia mucho menos traumática para la mayoría de los ingleses, franceses y alemanes que para los líderes de sus partidos socialistas, sencillamente porque [...] apoyar a su gobierno en la guerra les parecía a los trabajadores normales y corrientes totalmente compatible con demostrar conciencia de clase y hostilidad a los patronos. Los mineros del sur de Gales, que escandalizaron a sus líderes sindicalistas revolucionarios e internacionalistas apresurándose a alistarse en el ejército, con la misma prontitud paralizaron las minas de carbón en una huelga general cuando aún no había transcurrido un año, haciendo oídos sordos a la acusación de que eran anti-patrióticos.”⁴⁷

Quizás esta medición del desarrollo de los procesos de toma de conciencia de clase pueda dar lugar a comprender el fenómeno del crecimiento del peso político y social del Partido Social Demócrata Alemán durante la guerra. Al respecto Fritzsche señala que: “Dada la enérgica actividad antibélica de los socialistas independientes, con frecuencia se olvida que el Partido Social Demócrata y, en especial, los sindicatos salieron de la guerra más fuertes de lo que habían entrado en ella.”⁴⁸

Pese al crecimiento de esta izquierda nacionalista/imperialista, también el aislamiento de los revolucionarios fue quebrándose conforme avanzaba la guerra. Primero se volvió más relativo y luego inexistente. Los ingentes horrores de la conflagración pusieron en crisis la conciencia nacional de las

⁴⁷ Hobsbawm, E. (2000) *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica. Págs. 126.

⁴⁸ Fritzsche, P. (2006) *De alemanes a nazis 1914 – 1933*. op. cit. Pág. 86.



masas europeas y también de los soldados. La segunda mitad de La Gran Guerra y su final fueron el escenario de un ascenso revolucionario sin precedentes. Como señala Hobsbawm:

“Las masas de soldados alemanes, franceses y británicos que acudieron a la guerra en 1914 lo hicieron no como guerreros o aventureros, sino en su calidad de ciudadanos y civiles. Pero ese mismo hecho demuestra la necesidad de patriotismo para los gobiernos que actúan en las sociedades democráticas, y también su fuerza. En efecto, sólo el sentimiento de que la causa del Estado era también la suya pudo movilizar a las masas; y en 1914, británicos, franceses y alemanes tenían ese sentimiento. De esta forma se movilizaron, hasta que tres años de masacres sin precedentes y el ejemplo de la revolución en Rusia sirvieron para que comprendieran que se habían equivocado.”⁴⁹

Los hechos de Febrero y Octubre de 1917 en Rusia y la fundación de la URSS; las revoluciones en Hungría y Alemania entre 1918 y 1919 o el bienio rojo italiano de 1919-1920, son algunos ejemplos de cómo la crisis política en los Estados derrotados en la guerra se puede convertir en una situación revolucionaria.

Ahora bien, para entender estos procesos es necesario comprender los padecimientos de amplias capas de la población como producto del esfuerzo que significó esta guerra. Por este motivo nos vamos a adentrar en los frentes de batalla y reconocer brevemente la lógica del ejercicio de la violencia y sus resultados.

⁴⁹ Hobsbawm, E. (2002) *La era del Imperio, 1911 – 1914*. op. cit. Pág. 174.

Los diferentes frentes de la guerra

En pocos puntos el examen de la bibliografía se revela tan enriquecedor como en este. Ciertamente, las trincheras de los campos de batalla de Francia y Bélgica cautivaron la atención de todos los analistas y quedaron en la memoria colectiva de la sociedad occidental. No obstante aquella selectividad analítica, La Gran Guerra fue un conflicto europeo general y también global. En este sentido, numerosos libros casi no prestan atención a otros frentes que no sean el de Europa Occidental o donde disputan las potencias occidentales, centralmente Gran Bretaña.⁵⁰ Por ello, recomendamos la lectura de las obras que, como la de Strachman, reconocen el carácter mundial de la conflagración.⁵¹

Siendo esquemáticos podemos decir que hubo cuatro frentes en la Primera Guerra Mundial. Si bien en todos los casos se observa una intensidad en el uso de la violencia que hasta el momento era desconocida, cada uno de estos teatros de operaciones presentaron lógicas relativamente diferentes. El primero, aunque menor en importancia, fue el marítimo. Alemania se preparó durante casi dos décadas para luchar contra el Reino Unido. Los británicos, que poseían un imperio donde nunca se ponía el sol, tenían la mejor flota del mundo, con una diferencia inestimable sobre cualquier adversario. Frente a ello el imperio del káiser realizó el siguiente cálculo estratégico: había que causar toda la destrucción posible en el mar, obstaculizar el comercio y poner en crisis a la marina real. Sabían, desde un primer momento, que no vencerían en las aguas, no obstante lo cual, lo que allí ocurriera permitiría entorpecer el esfuerzo bélico de la *Entente*. Así lo hicieron con sus modernas y artilladas embarcaciones, entre las que

⁵⁰ Por ejemplo Ferro, M. (1970). *La Gran Guerra (1914-1918)*. Madrid: Alianza; también Morrow, J. H. (2008). *La Gran guerra*. Barcelona: Edhasa.

⁵¹ Strachan, H. (2004). *La primera guerra mundial*. Barcelona: Crítica.



incluían una potente y entrenada flota de submarinos que causó enormes dolores de cabeza a los ingleses.⁵²

El aumento de las hostilidades en el Atlántico Norte permitió que, tras una serie de incidentes y la probable propuesta alemana a México para una alianza, el Presidente norteamericano Wilson tuviera una excusa válida para convencer al Congreso de ingresar a la guerra europea, cosa que los EEUU hicieron recién en 1917.⁵³ Éstos realizaron una interesante colaboración con su marina y tuvieron un mediocre desempeño con su infantería, absolutamente mal preparada, desde el punto de vista de su adiestramiento, para las batallas contra los soldados de los imperios centrales.

El segundo frente, también de menor importancia en comparación con los del continente, era la periferia europea, sobre todo el norte de África y Medio Oriente.⁵⁴ Allí el Imperio Británico tuvo que vérselas con numerosas dificultades para conservar su poder sobre buena parte de estos territorios. Inclusive sufrió derrotas severas, como la de Gallipoli contra los turcos en 1915, que fue el primer desembarco anfibio frente a la artillería

⁵² Para este frente recomendamos leer Hart, P. (2014) *La gran guerra (1914 – 1918)*. Barcelona: Crítica. Caps. 4, 11 y 14.

⁵³ Sobre la supuesta e hipotética propuesta alemana de una alianza con México Peter Hart explica “A los americanos los irritó muchísimo la reanudación de la guerra submarina indiscriminada y casi inmediatamente cortaron las relaciones diplomáticas con la Alemania imperial. Además Inglaterra atizó el fuego de las emociones americanas, ya de por sí inflamadas, publicando el texto de un supuesto telegrama del secretario de Estado de Asuntos Exteriores alemán, Arthur Zimmermann, enviado en enero de 1917 a su embajador en México.

‘Tenemos la intención de iniciar el 1 de febrero una guerra submarina indiscriminada. Pese a todo procuraremos mantener la neutralidad de Estados Unidos de América. En caso de que no lo consiguiéramos, presentaremos a México una propuesta de alianza sobre la siguiente base: hacer la guerra juntos, firmar la paz juntos, apoyo financiero generoso y el entendimiento de nuestra parte de que México debe reconquistar el territorio perdido en Texas, Nuevo México y Arizona.’ Hart, P. (2014) *La gran guerra (1914 – 1918)*. *op. cit.* Págs. 332/3.

⁵⁴ Para un estudio pormenorizado sobre los combates de la Primera Guerra Mundial en África léase: Strachan, H. (2004) *The first world war in Africa*. New York: Oxford.



moderna, o la caída en Bagdad.⁵⁵ Las ambiciones locales de sus administradores, sus aliados y sus enemigos, junto al desconocimiento de varios tramos del territorio y a la incapacidad de hacer frente a ciertas amenazas mayores de lo esperado, terminaron por construir un escenario bélico lleno de fricción y muy costoso.⁵⁶ No obstante aquello, el Reino Unido terminó por conservar y aún ampliar su influencia en la región en medio del colapso definitivo del Imperio Otomano. Esta expansión británica tuvo serias dificultades, puesto que estaba asentada en un gran desconocimiento de la región y en una política contradictoria respecto de los diferentes grupos sociales que la componían. La vieja táctica de prometer lo mismo a dos colectivos rivales sirve para componer fuerzas en momentos de zozobra, como los que tuvo que atravesar Gran Bretaña, pero se convierte en un problema grave cuando hay que realizar la victoria. En buena medida, los actuales conflictos en la zona que desde Occidente hemos llamado Oriente Medio tiene varias de sus raíces en el final de La Gran Guerra y la destrucción del Imperio Otomano. Como explican Burbank y Cooper: “Ninguna de las reestructuraciones de posguerra de los antiguos dominios otomanos funcionó demasiado bien, ni siquiera desde el punto de vista de las potencias mandatarias.”⁵⁷

El tercer frente que vamos a mencionar, ya uno de los dos principales, es el Oriental.⁵⁸ Allí chocaban Alemania, Austria-Hungría y los otomanos

⁵⁵ Sobre la batalla de Gallipoli puede leerse: Haythornthwaite, P. (s/f) *Gallipoli 1915. Asalto frontal a Turquía*. S/L: Ediciones del Prado.

⁵⁶ Respecto de las ambiciones de los administradores coloniales, Hannah Arendt señalaba que: “...los administradores imperialistas sentían que el control de la nación constituía una carga insoportable y una amenaza a su dominación.” Arendt, H. (2010) *Los orígenes del totalitarismo*. *op.cit.* Pág. 275.

⁵⁷ Burbank, J. y Cooper, F. (2011) *Imperios. Una visión de la historia universal*. *op. cit.* Pág. 442.

⁵⁸ Para un estudio detallado de este teatro de operaciones véase: Stone, N. (1975) *The Eastern Front 1914 – 1917*. London: Penguin Books.



contra Rusia y Serbia. En este costado de Europa recaía la presión de la expansión del Imperio germano, frente a lo que consideraban la amenaza rusa. El conocido Plan Schlieffen tenía por objetivo estratégico, justamente, la expansión hacia el oriente, aplastando rápidamente a Francia, para luego concentrarse en las más numerosas tropas del Zar. De norte a sur, el teatro en cuestión abarcaba desde las gélidas aguas del Báltico hasta las cálidas islas griegas. El centro y el este del continente estaban en disputa, una amplia extensión en la cual batallaban tres de los imperios que no resistieron la prueba de la guerra.

Muchas de las imágenes de la Primera Guerra, tales como las trincheras y el estancamiento, pertenecen al frente Occidental, en Bélgica y Francia. En el enorme frente oriental primó la movilidad y los cambios continuos en las relaciones de fuerzas y, por ello, el usual trueque de las distintas zonas en disputa. No es casual esta diferencia entre ambos frentes. Al fin y al cabo las trincheras, como veremos, son el producto de la simetría entre las mejores fuerzas de Estados con gran solidez. En Oriente, como vemos, los Estados tenían una capacidad política, y por ello militar, mucho menor, por eso esta movilidad: nadie podía sostener una resistencia tenaz. Al principio buena parte de Polonia fue bien defendida por los rusos, que incluso avanzaron hasta la Prusia oriental. Como bien dice Williamson Murray:

“Rénnekampf fue el primero el moverse. [...] si hubiese dado continuidad a su victoria inicial, habría puesto a los alemanes en una situación desesperada; de hecho, el comandante alemán en Prusia oriental fue presa del pánico e instó a abandonar toda la provincia. Moltke y el káiser se opusieron, destituyeron al comandante y lo sustituyeron por un general retirado, Paul von Hindenburg, acompañado por Luddendorf como su jefe de Estado Mayor.”⁵⁹

⁵⁹ Murray, W. (2010) “Hacia la guerra mundial” y “Occidente en Guerra” en Parker, G. (ed.) Historia de la guerra. Madrid: Akal. Pp. 253 – 314. Págs. 286 – 288.

Esta inmovilidad permitió a los alemanes concentrarse en Tannenberg, propinándole una derrota que abrió una brecha que las fuerzas rusas nunca pudieron cerrar. Muy distinta suerte corrieron frente al Imperio Austrohúngaro, al cual las tropas del Zar también hicieron peligrar, vencidos en varias ocasiones, sobre todo en Galitzia, donde estuvieron cerca de hacer colapsar completamente a su enemigo. Sin embargo, la tendencia de largo plazo en el Este fue de un avance alemán, terminando por doblegar a la infantería rusa. A su vez, la debilidad del Imperio Austrohúngaro permitió que Italia y también la débil Rumania ingresaran en la guerra del lado de la Entente. La entrada de los peninsulares ocupó parte de la ayuda alemana en la intensa guerra de montaña, mientras que los rumanos demandaron los auxilios del ejército del zar en la defensa de la zona sudoccidental. En la zona sur de su Imperio, Rusia logró vencer a los otomanos en el área del Cáucaso y también empujar de tal modo a los austrohúngaros en los Cárpatos al punto de casi lograr el colapso del imperio de los Habsburgo.

En este punto conviene hacer una aclaración: la evidencia hoy disponible no permite afirmar que las fuerzas armadas de la autocracia zarista fueran débiles desde el punto de vista militar, al menos en términos relativos a sus oponentes. Contaban con numerosos inconvenientes logísticos, problemas que se hicieron evidentes para el conjunto de los contendientes conforme se desarrollaba un conflicto que todos buscaron, pero que luego asumió características nunca vistas. El mayor problema ruso era la heterogeneidad de su Estado mayor, dividido entre una casta conservadora y tradicionalista, refractaria a cualquier innovación, y una amplia generación de jóvenes oficiales, de sólida formación, muchos de los cuales se unieron a los bolcheviques durante la guerra civil posterior a la Revolución de Octubre, como el caso de Brusilov.⁶⁰ Estas debilidades no se comparaban

⁶⁰ Contradiendo las tesis de Trotsky, L. (2012) *Historia de la Revolución Rusa*. Buenos Aires: Razón y Revolución; Figges afirma que las fuerzas zaristas tenían una



con las del Imperio Austro-Húngaro, que allende Caporetto prácticamente no tuvo ningún éxito en los campos de batalla de esta guerra, por no hablar de la gran precariedad del Imperio Otomano, que sólo contaba con un puñado de oficiales capaces desde el punto de vista castrense, quienes fundaron la República a principios de los '20.

Por su parte los alemanes también albergaban numerosas vulnerabilidades. La mayor y más peligrosa era la división en su Estado mayor acerca de cuál era considerado como el frente principal. Falkenhayn, máximo responsable militar germano durante la primera parte de la contienda, sostenía que había que privilegiar el frente occidental y que, vencida Francia y luego Inglaterra, el ejército alemán podría barrer con los rusos. Moltke “el joven” ya había contradicho esta opinión en las primeras semanas, cuando quitó dos divisiones que marchaban sobre Francia hacia París para llevarlas al Frente Oriental. Por esta decisión fue reemplazado por Falkenhayn, quien luego de 1916 fuera sustituido por Hindenburg y Luddendorf, quienes tenían la idea de que el frente principal se encontraba al este del río Elba. No resultaba descabellado, puesto que las primeras semanas habían sido sumamente complejas en oriente, donde también se había revelado la baja capacidad combativa mostrada por los aliados de Alemania.

Buena parte de nuestras imágenes mentales sobre la Primera Guerra Mundial provienen del frente principal aunque no único: Europa occidental. Del Mar del Norte hasta casi el Mediterráneo se extendió un frente sobre territorio francés y belga. Alemania avanzó por Bélgica derrotando su débil resistencia, que contrastaba con su crueldad para con los africanos, y se

importante capa de oficiales altamente capacitados, como por ejemplo Brusilov, que eran parte de una modernización parcial de las fuerzas armadas rusas. Véase: Figges, O. (2010) *La revolución rusa (1891 - 1924)*. Buenos Aires: Edhasa.



adentró en Francia. Durante los días inaugurales los germanos mostraron una enorme destreza bélica. Sus infantes estaban muy bien entrenados y vencieron en las primeras batallas. Los galos, primero bastante desorganizadamente y luego con gran seriedad, lograron imponer su resistencia. Se ponían frente a frente dos de las mejores infanterías del mundo, que contaban además con una excelente artillería. La guerra de movimientos de las primeras semanas concluyó y el resultado fue una tendencia al estancamiento y la guerra de posiciones.

Por su parte, las tropas de infantería británicas mostraron toda su debilidad rápidamente. Acostumbradas a luchar contra enemigos pobres y mal armados, que sólo tenían amparo en la fricción de territorios inhóspitos, los ingleses estaban muy mal preparados para la lucha contra Alemania. A su vez, su exigua cantidad hizo que, en los primeros meses, Francia resistiera en soledad el embate germano. El avance de las tropas del káiser era tan arrollador durante las semanas iniciales que, efectivamente, los franceses estuvieron en riesgo de ver la mismísima París caer en manos del invasor. El llamado “milagro del Marne” salvó la ropa de la capital gala. No obstante ese triunfo, el Estado mayor aun debía serias explicaciones por sus movimientos previos e inaugurales que, equivocadamente, concentraron sus esfuerzos en la zona aledaña a Lorena y Alsacia (más al sur), descuidando la frontera belga y quedando encerradas ante el avance germano, sin capacidad de defender París.

El final de 1914 y el comienzo del siguiente año dejaron una certeza: se estaba ante una nueva guerra, mucho más intensa, extensa y cruda de lo que se podía imaginar. Como señala Stevenson:

“...el fracaso de la pretensión alemana de conseguir una victoria rápida en el oeste, primero en el Marne y luego en Flandes. Pues, pese a su fracaso, los alemanes habían consolidado su presencia en un territorio en el que ni Francia ni Gran Bretaña podían permitir que se quedaran sin reconocer su derrota. De ahí que los invasores pudie-



ran permanecer a la defensiva mientras sus enemigos se agotaban atacando las posiciones preparadas, y a eso se dedicaron la mayor parte de los tres años siguientes.”⁶¹

Es en este sentido, que Neiberg recalca que:

“Pese al éxito de sus operaciones, Alemania se encontraba en una posición igual de incómoda. Toda su estrategia había dependido de la rapidez de su victoria en el oeste. Como el propio Moltke comprendió, el no conseguirlo les exigía combatir contra las potencias industriales de Gran Bretaña y Francia por un lado, mientras que tenían que rechazar los masivos ataques de los rusos en el este. Por otra parte, una guerra larga permitiría a los británicos establecer un bloqueo y atacar así a la economía germana.”⁶²

En tal escenario, todos los Estados tuvieron que reorganizar su actividad económica para abastecer a las tropas con lo necesario para enfrentar al enemigo. Las cantidades de municiones, ropas, alimentos, medicamentos y demás rubros de la logística quedaron cortos en comparación con la escala del conflicto. Estas cuestiones fueron la base de un rediseño de los Estados y su política interna, con el objetivo de planificar la producción para sostener el esfuerzo de guerra. Casi todas las potencias comenzaron a rearticular y regular conscientemente las relaciones entre los agentes económicos, tanto en el interior de la clase capitalista como en el vínculo capital-trabajo. En Alemania se estableció de hecho una dictadura militar, encabezada por Hindenburg y Ludendorff, que racionaba los bienes cada vez más escasos en función de las necesidades técnicas de las fuerzas armadas. En Francia e Inglaterra también tuvieron lugar procesos de

⁶¹ Stevenson, D. (2013). *1914-1918. La historia de la Primera Guerra Mundial. op. cit.* Pág. 830/1.

⁶² Neiberg, M. S. (2006). *La Gran Guerra: Una historia global (1914-1918)*. Barcelona: Paidós. Págs. 47/8.

centralización administrativa, que contaron con la ventaja de los recursos de ultramar.⁶³

La guerra se convertía en total y para vencer en tal confrontación era precisa una movilización política, económica y moral de la misma intensidad. Este fenómeno, que ciertos autores localizaron ya en la década de 1860,⁶⁴ dio origen a la teoría de la guerra total formulada por Ludendorff,⁶⁵ que contiene importantes puntos de contacto con la teoría política de Carl Schmitt, quién explica que: “La esencia de cada cosa (*der Kern del Dinge*) es la guerra. La naturaleza de la guerra – escribía Schmitt en 1937 – determina la naturaleza de la forma (*Gestalt*) del Estado en su totalidad (*Totalität del Staates*).”⁶⁶ Para luego afirmar:

“La así llamada *guerra total* elimina la distinción entre combatientes y no combatientes, y reconoce, junto a la guerra militar una guerra no-militar (guerra económica, de propaganda, etc.) como expresión de la enemistad. La superación de la distinción entre combatientes y no combatientes es aquí empero una superación *dialéctica* (en sentido hegeliano). No significa por lo tanto que aquellos que no eran combatientes se transforman ahora simplemente en combatientes al viejo estilo. Más bien son ambas partes las que cambian, y la guerra se continúa en otro nivel totalmente nuevo y más elevado, como actividad hostil que no es puramente militar. La totalización implica aquí que sectores extramilitares (como economía, propaganda, energías morales y psíquicas de los no-combatientes) son involucrados en esa disputa hostil. El paso adelante más allá de lo puramente militar trae consigo no sólo una ampliación cuantitativa, sino también una intensificación cualitativa. De ahí que dicha superación no significa una

⁶³ Respecto de este tema léase: McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C. op. cit.* Cap. 9, pp. 342 – 403 y Hardach, Gerd (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918. op. cit.*

⁶⁴ Black, J. (2006) *The age of total war, 1860 - 1945. Studies in Military History and International Affairs.* London: Praeger Security International.

⁶⁵ Ludendorff, E. (1964) *La guerra total.* Buenos Aires: Pleamar. Respecto de una lectura de los textos de Ludendorff en torno a la ideología de guerra y sus supuestos políticos léase: De Benedetti, D. (2010) “Ludendorff La teoría militar entre la Kriegsideologie y el Modernismo Reaccionario” en *Revista Cuadernos de Marte* n° 0. Pp. 145 – 175.

⁶⁶ Traverso, E. (2013) *El totalitarismo. Historia de un debate.* Buenos Aires: Eudeba. Pág. 40.



mitigación sino una intensificación de la hostilidad. Con la simple posibilidad de tal incremento de la intensidad, las nociones de amigo y enemigo se transforman nuevamente, por sí mismas, en políticas, y se evaden de la esfera de las formas de expresión privadas y psicológicas.”⁶⁷

A su vez, esta situación de una guerra con combates de características ajenas al cálculo previo reclamó la emergencia de nuevas tácticas de combate. Originalmente, muchas de ellas buscaban forzar una batalla decisiva y una victoria rápida, como se pensaba antes del comienzo de La Gran Guerra. En la cabeza de los estrategas habitaba la idea de una ofensiva táctica con un poder de fuego nunca visto, la cual “debería” abrir una brecha en las líneas del enemigo que fuese imposible de cerrar. En este sentido deben entenderse la ofensiva de la Entente en el Somme y la Británica de Pascheadaele. Sin embargo, como veremos, durante los últimos dos años de combate, la búsqueda de la ruptura de las líneas enemigas, como también la defensa, encontraría otros medios tácticos más sofisticados.

La táctica en La Gran Guerra

Frente al estancamiento basado en la relativa paridad y la creciente voracidad de la artillería, que literalmente producía una carnicería ante cada carga de infantería, los ejércitos se enterraron en trincheras. La trinchera no fue una estrategia, fue producto de la sangrienta simetría entre los contendientes. Los fusiles y el nuevo invento de las ametralladoras, cada día más precisos y en mayor cantidad, convirtieron a la guerra sobre el plano en un fenómeno más y más brutal.

⁶⁷ Schmitt, C. (2006) *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Struhart & Cía. Págs. 148/9.



Las trincheras no hicieron su debut en este conflicto, existe registro de la misma táctica en algunos frentes de la Guerra de los Siete Años de 1756 a 1763,⁶⁸ y también durante la Guerra Civil en los EEUU, cincuenta años antes, donde hubo numerosas trincheras y técnicas contra las mismas.⁶⁹ De hecho, la idea de la excavación era muy antigua, recordándose la escuela de zapadores formada por Mauricio de Nassau y luego por Gustavo Adolfo, durante el siglo XVII y los sistemas de Guibert para atacar las fortificaciones estrelladas y artilladas durante la siguiente centuria. La novedad de La Gran Guerra consiste en que prácticamente todo el oriente de Francia estaba atrincherado para comienzos de 1915, convirtiendo la ofensiva en suicidio y ralentizando el ritmo de desarrollo del conflicto. En esto radica justamente una de las grandes paradojas de esta conflagración: las fuerzas de concepción ofensivista estuvieron casi cuatro años confinadas a la defensiva táctica.

La guerra de trincheras motivó numerosas innovaciones, algunas que ya se habían probado, sobre todo en África contra la población nativa. Una de esas invenciones fueron los gases venenosos. Otra el uso de la aviación, primero para observar visual y fotográficamente las posiciones enemigas, luego para coordinar el uso de la artillería, posteriormente también para arrojar bombas y finalmente con el fin de luchar frente a los aviones del enemigo. En este sentido, la aviación tomó un impulso impresionante. En menos de un lustro las fuerzas armadas abandonaron los globos aerostáticos y relegaron a los aparatosos y fácilmente derribables zepelines, cuya utilidad más innovadora fueron los bombardeos sobre Lieja y los menos

⁶⁸ Pese a ser señalada por varios especialistas como la “primera guerra global”, la Guerra de los Siete Años no recogió, entre los estudiosos de lo bélico, el interés esperable. En inglés se puede leer el libro breve: Marston, D. (2001) *The Seven Years' War*. Great Britain: Osprey.

⁶⁹ En este sentido recomendamos la lectura de uno de los mejores libros en español sobre esta importante guerra: Keegan, J. (2011) *Secesión. La guerra civil americana. op. cit.*



letales ataques a Londres. Por otra parte la artillería se perfeccionó en su precisión y magnitud. También apareció un vehículo blindado, muy primitivo, que llevaba como nombre clave tanque, por el simple hecho de que los obreros metalúrgicos que fabricaban sus piezas pensaban que estaban produciendo tanques de agua para las tropas. Pasados sus primeros y estrepitosos fracasos, los tanques comenzaron a contribuir en los campos de batalla a medida que se fue aprendiendo a combinarlos con otras armas.

La tendencia irrefrenable a la innovación también llegó a la lucha en los mares. Los destructores, estrellas de la carrera naval, se multiplicaron, mientras que se extendió el uso otra arma aún más letal que los barcos artillados: los submarinos. Nuevamente huelga aclarar que ya habían existido prototipos de esta arma, sobre todo en la Guerra de Secesión. Lo importante es la magnitud de su desempeño en los mares durante 1914 y 1918. El tráfico ingresante a Gran Bretaña llegó a reducirse en un 75% durante el tercer año del conflicto. Frente a la amenaza real que estas naves significaban, se produjeron toda una serie de modificaciones: la navegación fue organizada en grupos con una amplia división del trabajo entre naves (destructores, cruceros, etc.), tomaron cuerpo las minas de profundidad y también el uso de aviones para detectar y atacar submarinos, lo que dio lugar a los primeros y primitivos portaaviones.

Volviendo a la tierra, lo más novedoso de los primeros años de la guerra fue la táctica de “morder para no soltar”, empleada con el fin de abrir brechas en las líneas enemigas. Si usualmente se hacía uso de la artillería pesada para luego avanzar con la infantería, desde 1915 lo que se intentó fue producir cortinas de fuego más largas e intensas, que verdaderamente iluminaban los cielos nocturnos, para luego avanzar con miles y miles de soldados. Frente a ello, primero Luddendorf, y luego todos los generales de occidente, erigieron otra novedad: la defensa en profundidad,



consistente en líneas más gruesas, con varias hileras de casamatas para ametralladoras y artillería en la parte de vanguardia y una densa y escalonada red de trincheras con creciente infantería conforme uno se acercaba a la retaguardia.

El resultado de los choques entre “morder para no soltar” y la “defensa en profundidad” no podía ser otro que un baño de sangre más caudaloso. En la batalla de Verdún durante 1915, por ejemplo, perdieron la vida más de 250.000 combatientes, quedando heridos alrededor de 500.000;⁷⁰ en 1916 en el Somme, donde tuvieron lugar enfrentamientos a lo largo de una línea de 40 km., perecieron más de 300.000 soldados;⁷¹ en la ofensiva final, hacia 1918, se registraron más de 2.000.000 de bajas, entre las cuales hay casi 1.000.000 de muertos en poco más que tres meses.

Semejantes condiciones de guerra agotaban los recursos humanos y morales de los contendientes. Frente a ello, surgieron distintas ideas, todas las cuales comenzaban a pensar, desde 1917, en la posibilidad de preparar las ofensivas de una manera más detallada, con menores cantidades de infantes, pero mejor armados y preparados, combinándolos con más pericia con las otras herramientas bélicas como la aviación, la artillería y los tanques. En este sentido, durante los primeros años y casi hasta el final, la estrella de este conflicto en Occidente fue la artillería, que mantuvo a raya a las fuerzas de infantería, con un costo de vidas nunca visto.⁷² Benjamin Ziemann señalaba que:

“Cerca del 75% de los soldados franceses heridos entre finales de 1914 y 1917 lo fueron a causa de la artillería, es decir, por obuses o esquirlas de obuses. El papel de la

⁷⁰ Sobre la batalla de Verdún puede leerse: Blond, G. (2008). *La batalla de Verdún*. Barcelona: Inédita Editores.

⁷¹ Sobre el Somme: Gilbert, M. (2009). *La batalla del Somme: La batalla más sangrienta de la primera Guerra Mundial*. Barcelona: Ariel.

⁷² Algo similar dice John Keegan respecto de la guerra de Secesión en los EEUU. Al respecto léase: Keegan, J. (2011) *Secesión. La guerra civil americana. op. cit.*



artillería en tanto que arma principal no hizo más que acrecentarse al hilo de la guerra. [...] durante la segunda mitad del conflicto, la artillería causó cerca de tres cuartas partes de muertos y heridos, los fusiles y ametralladoras cerca del 15% y las granadas de mano, el 1% o 2%.”⁷³

Luego, el desarrollo de métodos de ofensiva táctica más acordes al intenso poder de fuego de la guerra moderna, permitió que la infantería y las primitivas unidades blindadas pudieran tener, tras un duro aprendizaje, un rol más relevante en la definición del conflicto. Cobraron importancia por aquel entonces, las unidades más pequeñas que podríamos considerar “de elite” y cuya principal virtud táctica era la rapidez, las cuales resultaron fundamentales en las ofensivas alemanas de 1918 que perforaron varias líneas del frente occidental de la Entente. Sin embargo, existía un inconveniente severo en este plan: los germanos, aun venciendo en varias batallas, no podían siquiera pensar en el modo de ingresar a París y someterla, mucho menos con unidades tan pequeñas como las de aquel momento, que a duras penas defendían las nuevas líneas. En este sentido, la planificación de Luddendorf contenía la paradoja de incluir la brillante idea de compensar la adolescencia de recursos humanos mediante el desarrollo cualitativo del combatiente y la táctica, algo propio de la tradición militar occidental,⁷⁴ con la carencia de ideas respecto de cómo asestar un golpe definitivo a los franceses en su capital. Para el desarrollo de la batalla urbana

⁷³ Ziemann, B. (2014) “1914: «La extensión de la violencia contra los civiles en un rasgo esencial de la I Guerra Mundial». Entrevista.” Diario *Le Monde*, 30/11/2014.

⁷⁴ “La práctica militar occidental ha exaltado siempre la disciplina [...] como el instrumento primordial que transforma unas bandas de luchadores individuales en soldados que combaten integrados en unidades organizadas [...]

La ventaja fundamental radica [...] en la capacidad para compensar la inferioridad numérica [...] las fuerzas occidentales se hallaron siempre en inferioridad numérica en una proporción de, al menos, dos a uno, y a menudo mucho peor. Esa disparidad habría resultado abrumadora sin una espléndida disciplina, unida a una tecnología avanzada.” Parker, G. (2010) “La práctica occidental de la guerra” en Parker, G. (ed.) *Historia de la guerra*. Madrid: Akal. Pp. 7 – 17. Págs. 8/9.



habría que esperar a la Segunda Guerra Mundial, lo que tendría un impacto todavía mayor sobre la población.

Sin embargo, como se puede notar, La Gran Guerra fue el escenario de las mayores innovaciones militares en más de un siglo. En el terreno de las fuerzas materiales por el impresionante crecimiento del poder de fuego, tanto en lo que respecta a contundencia, como precisión y lugares desde los cuales arrojar munición o artillería al enemigo.

En cuanto a las fuerzas morales, el desarrollo organizacional y logístico motivó una enorme cantidad de cambios en las fuerzas armadas, mientras que el conocimiento sobre el espacio y el tiempo donde articular la estrategia y la táctica también cobraron un salto cualitativo. Como explicó Flabián Nievas, durante este conflicto la guerra adquiere una densidad espacial tridimensional, ya no es un choque solamente en el plano, sino que los enfrentamientos incluyen una dimensión vertical del espacio: hacia arriba mediante los gases venenosos y la aviación; y hacia abajo en las trincheras y con los submarinos.⁷⁵ A su vez, esta tridimensionalidad no era un simple aumento de la fuerza bruta. Las nuevas ofensivas y defensivas tácticas “en profundidad”, suponían un escalonamiento y una mayor división de las funciones tácticas de las armas y los contendientes, lo que supone una secuencialidad del combate cada vez más precisa en estrecha relación con las necesidades impuestas por el desarrollo de una guerra de larga duración, cuyos intentos por abreviarla fracasan continuamente.

Finalmente, el impacto de esta guerra sobre la población, de la que se exigió su movilización total, también debe ser codificado como un cambio en las características de los fenómenos bélicos: la población civil comienza a ser el objetivo de esfuerzos cada vez más conscientes y organizados

⁷⁵ Nievas, F. (2014) Exposición en las jornadas “A 100 años del comienzo de la Gran Guerra”. Buenos Aires, IIGG, 27 de junio.



de parte de los bandos contendientes. En este sentido, ambos bandos se afanaron por provocar la escasez y el hambre, hacer propaganda de guerra en la propia población y sobre la del enemigo, bombardear y/o cañonear ciudades o pueblos, fusilar a los varones adultos, deportar, saquear, violar, etc. Al respecto son conocidas las escenas de las primeras ofensivas alemanas en Bélgica. Benjamin Ziemann, remarca al respecto que:

“La extensión de la violencia contra los civiles constituye, sin embargo, un rasgo esencial de la I Guerra Mundial, tanto en el frente occidental como en los Balcanes. En esta región son los serbios, de todos los pueblos envueltos en el conflicto, los que más la sufrieron. Pereció cerca del 10% de la población. Una gran parte de las víctimas murió a manos de las tropas austríacas y alemanas en una serie de atrocidades que tuvieron su inicio en 1914.”⁷⁶

Como venimos viendo, este proceso bélico cobró formas sangrientas y horribles que distaban enormemente de las características que presentaban las guerras hasta aquel momento, como de las ideas previas con que se había cimentado el apoyo a las iniciativas bélicas. Comenzaba una crisis en la conciencia de amplias capas de la población.

La crisis bélica

Surgieron, en aquel entonces, numerosas manifestaciones de un conflicto entre los hechos del presente y las formas de la conciencia de los sujetos para articularlos. Una de esas expresiones fueron las neurosis de guerra, de las que tanto habló Freud, procesos psicológicos que represen-

⁷⁶ Ziemann, B. (2014) “1914: «La extensión de la violencia contra los civiles en un rasgo esencial de la I Guerra Mundial». Entrevista.” *op. cit.*



taban, a su modo, los horrores de combates con miles de muertos, con partes de cuerpos humanos desperdigados por el terreno, con enfermedades y olores vomitivos.

También emergió un enorme descontento entre las tropas de los Estados europeos. La continuidad de la guerra, con la extensión por tiempo indefinido de los padecimientos, sacrificios y con las órdenes de los Estados mayores que contaban a los soldados como mera carne de cañón. El lamentable estado sanitario de las trincheras y la pésima alimentación e indumentaria militar completaban un cuadro que resultaba difícil de soportar para los combatientes. Fritzsche señala que:

“Los soldados también se fueron desmoralizando. [...] Incluso antes de encontrarse expuestos al fuego enemigo, los reclutas perdieron el entusiasmo como resultado de las pesadas rutinas y la rígida disciplina de los oficiales de carrera. [...] El combate industrial invalidaba las ilusiones sobre las proezas en batalla o el ‘culto de la ofensiva’. ‘La única esperanza que podemos albergar’, confesaba un voluntario en abril de 1915, ‘los únicos sueños que tenemos para el futuro están contenidos en una sola palabra: Paz.’”⁷⁷

Este descontento todavía no implicaba la desobediencia y el motín. Pero ya desde 1916, y con mayor fuerza en los años posteriores, hubo disturbios y revueltas en distintos puntos del frente occidental. Algunos de ellos con un ideario socialista. Al año siguiente la situación en Francia era crítica. Frente a los preparativos para una nueva ofensiva:

“Las tropas respondieron amotinándose. Al principio, unos pocos regimientos se negaron a atacar; pero el desorden no tardó en propagarse por todo el ejército, y en una semana un gran número de regimientos se hallaba en actitud desafiante. [...] también estallaron desórdenes en zonas de la retaguardia, y en varios casos soldados borra-

⁷⁷ Fritzsche, P. (2006) *De alemanes a nazis 1914 – 1933*. op. cit. Pág. 48.



chos atacaron a oficiales del Estado Mayor, mientras otros propinaban palizas a los miembros del servicio médico. En París los derrotistas hicieron oír su voz en demanda de paz.”⁷⁸

En medio de esta crisis, el flamante primer ministro Clemenceau:

“... nombró a Pétain para que recompusiera el ejército. [...] fusiló a veintitrés amotinados y se hizo marchar a otros 250 a tierra de nadie, donde fueron aniquilados por la artillería. Pero junto con estas medidas Pétain giró visita a casi todas las divisiones para escuchar quejas y puso en práctica una reforma concienzuda de la atención médica, los permisos y otras causas de agravio. Sobre todo dejó claro que economizaría las vidas de sus soldados. No obstante, el ejército francés siguió siendo incapaz de llevar a cabo operaciones militares importantes durante el resto del año 1917.”⁷⁹

Con posterioridad a la Revolución Rusa, como hemos señalado, este tipo de fenómenos ganó en intensidad y extensión, sufriendo una transformación cualitativa, sobre todo en el frente oriental y también en el seno de la sociedad. Eric Hobsbawm explica que:

“Los años de la guerra, pero en especial la primera Revolución rusa, elevaron de forma espectacular el contenido político de la correspondencia interceptada. De hecho, los informes de los censores acerca de la opinión pública señalaban unánimemente que la Revolución rusa era el primer acontecimiento político desde que estallara la guerra cuyas sacudidas llegaban hasta los niveles más bajos del pueblo. Entre los activistas de algunas de las nacionalidades oprimidas, tales como los polacos y los ucranianos, el acontecimiento hizo nacer esperanzas de reforma, quizás incluso de independencia. Sin embargo, lo que dominaba era el deseo de paz y de transformación social.”⁸⁰

⁷⁸ Murray, W. (2010) “Hacia la guerra mundial” y “Occidente en Guerra”. *op. cit.* Págs. 300/1.

⁷⁹ Murray, W. (2010) “Hacia la guerra mundial” y “Occidente en Guerra”. *op. cit.* Pág. 301.

⁸⁰ Hobsbawm, E. (2000) *Naciones y nacionalismos desde 1780*. Barcelona: Crítica. Págs. 129/30.



“El tema fundamental en la correspondencia de los pobres era la guerra como perturbación y destrucción del orden de la vida y el trabajo. En consecuencia, el deseo de volver a una vida ordenada y decente entrañaba una hostilidad creciente contra la guerra, el servicio militar, la economía de guerra, etcétera, así como el deseo de paz. Pero una vez más encontramos las quejas transformadas en resistencia. La frase «con sólo que el Señor quisiera traernos la paz de nuevo» retrocede ahora ante «ya estamos hartos», o «dicen que los socialistas van a firmar la paz».”⁸¹

En este sentido, Charles Tilly retoma el problema de la conexión entre guerra y revolución, donde se localizan parte de estas reflexiones, y marca que:

“Todas las grandes revoluciones europeas, y muchas de las pequeñas, comenzaron con tensiones creadas por la guerra. La Revolución inglesa se inició con los esfuerzos de Carlos I por marginar al Parlamento en la percepción de fondos para la guerra en el continente europeo, en Escocia y en Irlanda. La deuda acumulada por la monarquía francesa durante la Guerra de los Siete Años y la Guerra de Independencia Norteamericana precipitó las luchas por la Revolución Francesa. Las pérdidas rusas en la Primera Guerra Mundial desacreditaron al gobierno zarista, alentaron las deserciones de militares e hicieron patente la vulnerabilidad del Estado; a ello siguió la Revolución de 1917.”⁸²

Al mismo tiempo, esta conflagración cambió buena parte de las representaciones sociales acerca de la guerra. Como pudimos ver en la cita de Fritzsche, esta actividad paulatinamente fue dejando de ser considerada como parte del proceso de subjetivación masculina, de hidalguía y de los héroes individuales, cuyos monumentos poblaban las capitales europeas. Fue constituyéndose un héroe anónimo, el soldado desconocido, y lo bélico pasaba a ser sinónimo, cada vez más ampliamente, de una carnicería.

⁸¹ Hobsbawm, E. (2000) *Naciones y nacionalismos desde 1780. op. cit.* Pág. 130.

⁸² Tilly, Ch. (1990) *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid: Alianza. Pág. 273.



Por qué venció la Entente

Las razones de la victoria de la *Entente Cordiale* son múltiples y de diferente rango de eficacia en la explicación. En primer lugar deben señalarse las condiciones que presentaban los aliados de cada bando. Los integrantes de la coalición comandada por el káiser se hundieron: el Imperio Austro-húngaro y el Imperio Otomano. Si bien ocurrió lo mismo con la autocracia rusa, el impacto de su colapso fue absolutamente diferente. En primer lugar porque desde el punto de vista militar no significó un alivio instantáneo para los alemanes. El control del territorio conquistado en el Este resultaba un desafío que insumía ingentes esfuerzos después de la Revolución de Octubre. En segundo, y mucho más importante, porque el descontento en las tropas y en el país se identificó con la Revolución Rusa, aumentando la desobediencia y la insubordinación en el frente y la conflictividad social interna.

En segundo lugar algo que no por evidente sea menos cierto: Alemania se agotó, a raíz del bloqueo naval británico y también de la propia rigidez de su administración.⁸³ Gran Bretaña y Francia contaban con extensos imperios de ultramar de los cuales llegaban, a medida que fueron solventando su política militar en el mar, crecientes cantidades de insumos y seres humanos listos para entrar en combate. Como recalcan Burbank y Cooper:

“Hombres y materiales procedentes de los lugares más remotos de los distintos imperios desempeñaron un papel trascendental en el esfuerzo de guerra, como complemento del poderío industrial y de la movilización humana de Europa. Los recursos ultramarinos inclinaban la balanza en perjuicio de Alemania, pues sus colonias estaban muy alejadas unas de otras y la flota inglesa se interponía entre Europa y ellas.

⁸³ Esta es la tesis central de McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C. op. cit.*

En el caso de los británicos, fueron movilizados cerca de tres millones de hombres procedentes de la India y de los distintos dominios, lo que suponía una tercera parte de las fuerzas del imperio. India fue el contribuyente más importante. Los africanos —en consonancia con la jerarquía racializada del imperio— desempeñaron un papel distinto. Prestaron servicio durante la guerra casi dos millones de africanos, pero en su mayoría como porteadores y combatiendo en las colonias de Alemania, Camerún, Togo, África Suroccidental y Tanganica. Los países que ocupaban un grado más alto en la jerarquía imperial, Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica (es decir la Sudáfrica blanca) enviaron alrededor de un millón de soldados a la guerra que el rey había declarado en su nombre, pero no sin recelos sobre la forma en que Gran Bretaña tomaba las decisiones y el modo en que su pueblo tenía que sacrificarse. El imperio contribuyó además a la economía de guerra inglesa suministrando materiales, obteniendo divisas extranjeras a través de las exportaciones, y aplazando las necesidades de los consumidores.

Numerosos súbditos coloniales de Francia —africanos, indochinos, norteafricanos y otros— combatieron en las trincheras; sólo de África occidental lo hicieron ciento setenta mil hombres. Unos doscientos mil trabajadores civiles llegaron a Francia procedentes de las colonias con el fin de mantener la producción en funcionamiento cuando los obreros fueron llamados al frente (y lo mismo hizo un número cada vez mayor de francesas). Algunos soldados y trabajadores se libraron así de las peores indignidades a las que los súbditos coloniales se veían sometidos habitualmente, como, por ejemplo, el sistema judicial separado. La guerra dio alas a un imperialismo sentimental que elogiaba la sincera participación de individuos de todas las razas y religiones en la salvación de Francia.”⁸⁴

A este factor debe agregarse la incorporación de los norteamericanos en 1917. Sin embargo, este segundo elemento, los recursos del mundo colonial, tiene un peso militar limitado y, muchas veces, se ha exagerado la cohesión social en las colonias, pues como señalan nuestros autores:

“En realidad, el reclutamiento de soldados en las colonias se llevó a cabo mediante

⁸⁴ Burbank, J. y Cooper, F. (2011) *Imperios. Una visión de la historia universal. op. cit.* Pág. 432.



una mezcla de conscripción y de alistamiento voluntario en unas condiciones que dis- taban mucho de responder a una libre elección. Durante la guerra se produjo una rebe- lión de gran envergadura en el interior del África Occidental Francesa, exacerbada por la obligatoriedad del servicio militar y aplastada con un elevado número de pérdidas de vidas por tropas procedentes de otras regiones.”⁸⁵

Técnicamente hablando, las batallas y su ordenamiento fueron funda- mentales para comprender la victoria de la *Entente*. El ejercicio de recorrer esta dimensión tan fundamental nos muestra “lo cerca” que estuvo Alema- nia de la victoria, puesto que las primeras ofensivas de 1918 infligieron sig- nificativas derrotas a Francia, Gran Bretaña y los EEUU, mientras que arre- metidas como la de Paschendaele dieron magros resultados para vencer a los germanos. Naturalmente que tenemos que contar con la importancia del carácter prolongado del conflicto entre fuerzas asimétricas en lo que respecta a recursos humanos y logísticos.

De ser así ¿por qué fue tan larga La Gran Guerra si existía tal abismo en las fuerzas materiales disponibles? Para ello precisamos sopesar las decisiones correctas y los errores en la conducción. Probablemente buena parte de la respuesta a esta pregunta se encuentra en la pericia alemana y la incompetencia de algunos estados mayores como los rusos, y también los franceses e ingleses, que hicieron posible el avance inicial de los ale- manes, el cual, a pesar de perder bríos y posibilidades reales de continuar y profundizarse, colocó a las tropas del káiser en la defensiva táctica durante el resto del conflicto en el teatro occidental, con las ventajas que esa posición supone.

Al mismo tiempo ¿por qué no venció Alemania? Seguramente que cier- tas decisiones equivocadas de la primera etapa de la guerra jugaron un papel relevante, como haber retirado divisiones del frente occidental duran-

⁸⁵ Burbank, J. y Cooper, F. (2011) *Imperios. Una visión de la historia universal. op. cit.* Pág. 433.



te la exitosa ofensiva inicial; así como también destinar fuerzas para socorrer al Imperio Austrohúngaro durante 1917 cuando se podría haber avanzado sobre la desorganización de los franceses en pleno año de motines entre sus tropas, o subestimar la capacidad de resistencia de la Entente frente a las derrotas tácticas de 1918, sin contar con plan alguno para defender esas recientes conquistas y asestar un golpe definitivo en París.

A este respecto resulta interesante la tesis de Peter Hart, quien centrándose en los factores militares intenta remarcar que durante el conflicto se aceleró el desenvolvimiento de una carrera armamentista y, lo que es más importante, un desarrollo de la táctica y de las cuestiones tales como el reclutamiento y entrenamiento. En esta carrera los vencedores fueron las potencias de la *Entente*. La inicial tenacidad francesa contrastaba con la escuálida infantería británica, acostumbrada a la guerra focalizada en enclaves coloniales. Gracias a las iniciativas de Kitchener los británicos comenzaron el reclutamiento masivo y el entrenamiento de la infantería. Esta adaptación insumió los primeros dos años y medio del conflicto, pero resultó decisiva para su resolución.

Al mismo tiempo, como venimos mencionando, las tácticas también tuvieron su evolución. Desde las ofensivas ilimitadas de los primeros años de “morder para no soltar”, ambos bandos lograron organizar una graduación del uso de sus fuerzas en el terreno táctico, ordenando sucesivos avances y líneas para contener las contraofensivas.

Estas innovaciones tuvieron un salto importante con la artillería automatizada, que evitaba los vuelos de reconocimiento y el desplazamiento de grandes cañones, dejando, de ese modo, de presentar los indicios de una inminente ofensiva de manera tan clara. Finalmente, según Hart las fuerzas de la *Entente* fueron más precisas a la hora de abandonar la noción de “morder para no soltar” por una idea mucho más completa de la ofensiva táctica: menos hombres pero mejor armados, “atacar con todas las armas”.



“La táctica utilizada reflejaba un cambio de planteamientos radical: potencia de fuego en sustitución de potencial humano. Este cambio [...] ahora se aplicaba con entusiasmo también al concepto de «batalla con todas las armas».”⁸⁶ Así, se combinaban los esfuerzos de la artillería, que hacia el final del conflicto trabajaba en base a oleadas y posiciones de diferente profundidad; los tanques, la aviación, la artillería móvil y la infantería, que avanzaba ya en pequeñas filas de no más de diez miembros a las que llamaban “orugas”. La simple fuerza bruta de la pólvora expresada en Verdún o el Somme, en tres años era una potencia mucho más precisa, detallada y multiforme. “La táctica ofensiva flexible de las fuerzas aliadas fue adaptándose a las distintas situaciones, utilizando tranquilamente la combinación de armas –artillería, bombas de gas, tanques, morteros, granadas de fusil– que fueran necesarias...”⁸⁷

Esta tesis presenta la unilateralidad de señalar estas innovaciones solamente del lado de la *Entente*, cuestión polémica si exploramos las creaciones tácticas de Luddendorf consistentes en las defensivas y ofensivas en profundidad y las ofensivas de decisión rápida de 1918. Para ello es necesario complementar el enfoque de Hart con el real agotamiento de los recursos humanos de Alemania, tanto en cantidad como en calidad, sobre todo a raíz de la enorme fatiga de los soldados germanos, que contrastaba con la frescura de las bisoñas tropas norteamericanas llegadas a Europa en 1918.

Quizás la clave también se encuentre en un factor al que se le prestó poca atención en la bibliografía y que merecería un estudio más pormenorizado: los cambios estratégicos en torno a la temporalidad de la guerra. Si en 1914 ambos bandos buscaron una decisión rápida del conflicto, después de tres años podemos ver cómo se va produciendo una diferencia

⁸⁶ Hart, P. (2014) *La gran guerra (1914 – 1918)*. *op. cit.* Pág. 474.

⁸⁷ Hart, P. (2014) *La gran guerra (1914 – 1918)*. *op. cit.* Pág. 486.

respecto de esta cuestión entre la Entente y las potencias centrales. No podemos atrevernos a decir que fuese en todos los casos un fenómeno plenamente consciente, pero hacia 1917 los alemanes forzaron su maquinaria de guerra cada vez más en el sentido de una victoria inminente; mientras que Francia, Gran Bretaña y luego los EEUU trabajaron con mayor margen de tiempo en su camino hacia Berlín. En apoyo a esta tesis se encuentra el hecho de la posterior erección de la doctrina de la blitzkrieg nazi. Esta dimensión que proponemos, tiene la potencialidad de vincular la variable objetiva de la asimetría de recursos con la variable subjetiva del descubrimiento de la estrategia y las tácticas en el escenario de un conflicto de una entidad nunca antes vista.

Lo cierto fue que las líneas alemanas comenzaron a quebrarse en buena medida por los factores antes descritos, y en otra a causa de la carencia de adaptación a estas novedades y situaciones, estando a la vanguardia de la práctica militar en 1914 y siendo superados en 1917 – 1918.⁸⁸

Por primera vez en casi cuatro años se habían destruido las líneas de uno de los bandos. Durante 1918 la lucha fue encarnizada y sangrienta, pero Alemania estaba retrocediendo y finalmente fue derrotada. Sin embargo, lo que deparaba a la historia no era una época de paz.

Una paz sin paz

Con el fin de La Gran Guerra, en 1918, comenzaron las negociaciones de paz. En ellas se discutieron los célebres “14 puntos” del presidente norteamericano Wilson y también, contrariándolos, las ambiciones de los ven-

⁸⁸ Algo similar señala Richard Overy para explicar la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial. Overy, R. (2011) *¿Por qué ganaron los aliados?* Barcelona: Tusquets.



cedores. La conferencia de París y los tratados de Versalles terminaron por imponer una enorme carga a los derrotados: mutilación de sus territorios anteriores a la guerra, pago de importantes sumas en concepto de reparaciones, prohibición de determinadas medidas económicas e industriales y limitaciones en la reconstrucción de sus fuerzas armadas.

La mayoría de los historiadores han remarcado estas difíciles circunstancias de 1918 y 1919 para explicar el retorno del fenómeno bélico al continente europeo casi veinte años después. Lo cierto es que las guerras no desaparecieron, sino que se localizaron. Rusia tuvo su guerra civil, en la cual el régimen bolchevique sobrevivió gracias a su victoria en 1921. En Hungría ocurrieron hechos similares pero en menor escala, con la revolución de 1919, la represión encabezada por el ejército rumano, y el ascenso de una dictadura militar conservadora. Turquía tuvo una guerra contra la ocupación de las potencias de la *Entente* y contra Grecia, que duró varios años y concluyó con la fundación de la República a principios de los '20. En los Balcanes no hubo paz, sino fragmentación y luchas entre las distintas nacionalidades: de este período datan organizaciones como la Ustacha croata. Alemania fue estremecida por la revolución socialista, su derrota, el fracaso de la República de Weimar y la ascensión del fascismo. En Italia el ciclo fue más breve, y el tránsito de la revolución al fascismo fue de tan sólo tres años. En Gran Bretaña la lucha irlandesa por la liberación nacional cobró caracteres de guerra civil y las fuerzas de la corona desarrollaron sus acciones aplicando recetas de lo que después se conocería como "guerra contrainsurgente".⁸⁹ Poco tiempo después, a comienzos de la década del '30 se fundó la República Española, que luchó casi una década por su propia existencia, incluyendo el trienio de la Guerra Civil, inme-

⁸⁹ Véase al respecto González Calleja, E. (2013) *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo*. Barcelona: Crítica. Cap. 3. II. La guerra de independencia y la guerra civil irlandesa. Pp. 185 – 209.

diatamente anterior a la Segunda Guerra Mundial. Como podemos ver, el desenvolvimiento de la historia política de Europa encadenó La Gran Guerra con la revolución (tanto de carácter nacional y/o antiimperialista, como de clase) y la contrarrevolución.⁹⁰

En este sentido, y ya como palabras finales, resulta importante reconocer la excepcionalidad del período, en el cual se condensaron todas las contradicciones del sistema internacional centrado en Europa. Sumado a ello, debemos incluir la presión sobre la tierra que implicaba: “El problema demográfico realmente grave a finales del siglo XIX y principios del XX [que] se planteó en las zonas de Europa comprendidas entre Gran Bretaña y Francia por el Oeste y Rusia por el Este.”⁹¹ Es dable pensar que entre las dos guerras mundiales (20 millones y entre 45 y 60 millones) y la gripe española (no menos de 40 millones) fallecieron en el viejo mundo no menos de 100 millones de personas en 31 años. Esta crisis general, fue percibida por historiadores como Ernst Nolte o Enzo Traverso como una gran guerra civil europea, que se extendió aproximadamente por 30 años, entre 1914 y 1945. En esta peculiar guerra civil se cruzaron una enorme cantidad de conflictos: entre Imperios y dinastías, entre burguesías nacionales, entre Estados nación y multinacionales, entre clases con diferente origen histórico (nobleza, burguesía, proletariado, campesinado), entre naciones y también entre localismos y los respectivos Estados nacionales que trataban de absorberlos. Por estas razones, la acumulación de todas estas tensiones y antagonismos resultaron en un crecimiento sustancial de los objetivos políticos de los contendientes: la espiral llevó a plantearse la eliminación de las otras entidades políticas. Para semejantes objetivos, fue

⁹⁰ Para un recorrido por las dictaduras conservadoras de la Europa de entreguerras léase: Borejsza, J. (2002) *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919 – 1945*. Madrid: Siglo XXI.

⁹¹ McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C. op. cit.* pág. 348.



necesario rearticular los Estados y las sociedades para una era de guerra total. La paradoja es que en el momento de mayor desarrollo de las fuerzas armadas, el militarismo y la guerra total comenzaron a producir un movimiento de traslación del centro del fenómeno bélico desde la confrontación de los ejércitos hacia la población, alterando las relaciones de fuerzas entre las clases y pergeñando una tendencia que reconocerá su paroxismo en el frente oriental de la Segunda Guerra Mundial y durante la Guerra Fría, cuando las distinciones entre “lo civil” y “lo militar” entraron en una profunda crisis. Este proceso, al fin y al cabo, se inauguró en 1914.

Bibliografía

Anderson, P. (2005) *Consideraciones sobre el marxismo occidental*. México: Siglo XXI.

Arendt, H. (2010) *Los orígenes del totalitarismo*. Buenos Aires: Taurus.

Arrighi, G. (1999) *El largo siglo XX*. Madrid: Akal.

Bellamy, A. (2009) *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Black, J. (2006) *The age of total war, 1860 - 1945. Studies in Military History and International Affairs*. London: Praeger Security International.

Blond, G. (2008). *La batalla de Verdún*. Barcelona: Inédita Editores.

Borejsza, J. (2002) *La escalada del odio. Movimientos y sistemas autoritarios y fascistas en Europa, 1919 – 1945*. Madrid: Siglo XXI.

Burbank, J. y Cooper, F. (2011) *Imperios. Una visión de la historia universal*. Barcelona: Crítica.

Casanova, J. (2011) *Europa contra Europa 1914 – 1945*. Barcelona: Crítica.

Clausewitz, K. (1983) *De la guerra*. Buenos Aires: Solar.



De Benedetti, D. (2010) “Ludendorff La teoría militar entre la Kriegsideologie y el Modernismo Reaccionario” en *Revista Cuadernos de Marte* n° 0.

Ferro, M. (1970). *La Gran Guerra (1914-1918)*. Madrid: Alianza.

Figges, O. (2010) *La revolución rusa (1891 - 1917)*. Buenos Aires: Edhasa.

Fritzsche, P. (2006) *De alemanes a nazis 1914 – 1933*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Gilbert, M. (2009). *La batalla del Somme: La batalla más sangrienta de la primera Guerra Mundial*. Barcelona: Ariel.

González Calleja, E. (2013) *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo*. Barcelona: Crítica.

Hardach, Gerd (1986) *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918*, Barcelona: Crítica.

Hart, P. (2014). *La gran guerra (1914-1918)*. Madrid: Crítica

Hastings, M. (2014) *1914. El año de la catástrofe*. Barcelona: Crítica.

Haythornthwaite, P. (s/f) *Gallipoli 1915. Asalto frontal a Turquía*. S/L: Ediciones del Prado.

Headrick, D. (1989) *Los instrumentos del Imperio Tecnología e imperialismo europeo en el siglo XIX*. Madrid: Alianza.

Headrick, D. (2011) *El poder y el Imperio. La tecnología y el imperialismo, de 1400 a la actualidad*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. (2002) *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.

Hobsbawm, E. (2002) *La era del Imperio, 1914-1918*. Barcelona: Crítica.

Hobson, J. y Lenin, V. (2013) *Imperialismo*. Madrid: Capitán Swing.

Holzer, J. (2000) *El comunismo en Europa. Movimiento político y sistema de poder*. Madrid: Siglo XXI.

Horne, A. (1970) *1914-1916: del Marne a Verdún: La batalla de las trincheras*. Barcelona: Nauta.



Howard, M. (2003) *La Primera Guerra Mundial*. Barcelona: Crítica.

Howard, M. (1992) “Los hombres contra el fuego: La Doctrina de la Ofensiva en 1914”, en Paret, P. (ed.) *Creadores de la estrategia moderna*. Madrid: Ministerio de Defensa.

Jacoby, R. (2014) *El asalto al cielo*. Buenos Aires: Mansalva.

Jünger, E. (1998) *Tempestades de acero; seguido de El bosquecillo 125 y El estallido de la guerra de 1914*. Barcelona: Tusquets Editores.

Keegan, J. (2011) *Secesión. La guerra civil americana*. Madrid: Turner.

Keegan, J. (2013) *El rostro de la batalla*. Madrid: Turner.

Keegan, J. (1998) *The first world war*. New York: Vintage ebooks.

Kolko, G. (2005) *El siglo de las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914*. Barcelona: Paidós.

Lenin, V.; Trotsky, L.; Luxemburg, R.; Liebknecht, K. y Mehring, F. (2014) *Marxistas en la Primera Guerra Mundial*. Buenos Aires: IPS – CEIP León Trotsky.

Ludendorff, E. (1964) *La guerra total*. Buenos Aires: Pleamar.

MacMillan, M. (2013) *1914. De la paz a la guerra*. Madrid: Turner.

MacMillan, M. (2005) *París 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*. Barcelona: Tusquets.

Marston, D. (2001) *The Seven Years' War*. Great Britain: Osprey.

Mayer, A. J. (1984) *La Persistencia del antiguo régimen: Europa hasta la Gran Guerra*. Madrid: Alianza.

McNeill, J. y McNeill, W. (2010) *Las redes humanas. Una historia global del mundo*. Barcelona: Crítica.

McNeill, W. (1989) *La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 100 d. C.* México: Siglo XXI.

Morrow, J. H. (2008) *La Gran guerra*. Barcelona: Edhasa.

Murray, W. (2010) “Hacia la guerra mundial” y “Occidente en Guerra” en Parker, G. (ed.) *Historia de la guerra*. Madrid: Akal. Pp. 253 – 314.



Neiberg, M. S. (2006) *La Gran Guerra: Una historia global (1914-1918)*. Barcelona: Paidós.

Nolte, E. (2001) *La guerra civil europea 1917 – 1945*. México: Fondo de Cultura Económica.

Overy, R. (2011) *¿Por qué ganaron los aliados?*. Barcelona: Tusquets.

Parker, G. (2010) “La práctica occidental de la guerra” en Parker, G. (ed.) *Historia de la guerra*. Madrid: Akal. Pp. 7 – 17.

Polanyi, K. (2006) *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Schmitt, C. (2006) *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Struhart & Cía.

Speier, H. (1968) “Luddendorff: el concepto alemán de guerra total” en Mead Earle, E. (comp.) *Creadores de la estrategia moderna*. Buenos Aires: Círculo Militar. Pp. 7 – 37.

Stevenson, D. (2013). *1914-1918. La historia de la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Debate.

Stone, N. (2011) *Breve historia de la primera guerra mundial*. Buenos Aires: Ariel.

Stone, N. (1975) *The Eastern Front 1914 – 1917*. London: Penguin Books.

Strachan, H. (2004) *La primera guerra mundial*. Barcelona: Crítica.

Strachan, H. (2004) *The first world war in Africa*. New York: Oxford.

Tilly, Ch. (1990) *Coerción, capital y los Estados europeos 990-1990*. Madrid: Alianza.

Traverso, E. (2009) *A sangre y fuego. De la guerra civil europea, 1914-1945*. Buenos Aires: Prometeo.

Traverso, E. (2013) *El totalitarismo. Historia de un debate*. Buenos Aires: Eudeba.

Trotsky, L. (2012) *Historia de la Revolución Rusa*. Buenos Aires: Razón y Revolución.



Wallerstein, I. (2004) *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*. Madrid: Akal.

Ziemann, B. (2014) “1914: «La extensión de la violencia contra los civiles en un rasgo esencial de la I Guerra Mundial». Entrevista.” Diario *Le Monde*, 30/11/2014.

